

Al Sr. D. Francisco P. y M. Angel
por amigo y su
de Autor

RECUERDOS Y ASPIRACIONES

54093²

ANTONIO LUIS CARRION

RECUERDOS
Y
ASPIRACIONES

(SEGUNDO VOLUMEN DE POESIAS)



Francisco Pi y Mergall.
Abogado. MADRID.



MADRID

IMP. DE AURELIO J. ALARIA

Estrella, 13, bajo

1878

Esta obra es propiedad de su
autor. Queda hecho el depósito
que marca la ley.

A MI HERMANO

EL DECANO DE LOS PERIODISTAS MALAGUEÑOS

D. SANTIAGO CASILARI.

¿A quién mejor que á ti puedo dedicar este libro, cuyas páginas encierran íntimos recuerdos y levantadas aspiraciones?

Tú, que mas que hermano has sido para mí padre generoso y bueno, acepta esta dedicatoria como débil manifestacion del inmenso cariño que te profeso.

ANTONIO.

PRÓLOGO.

Inocentes regocijos que acusan dulces esperanzas de los pasados dias de la juventud; gemidos y protestas que los vicios y las desventuras de los tiempos presentes arrancan á todas las conciencias honradas; generosas aspiraciones para lo porvenir: esto es lo que el lector encontrará en las humildes páginas de mi libro.

Los trabajos que hoy colecciono han sido escritos en diferentes épocas de mi vida, inspirándolos primero el ángel delicado de los amores y el cariño de la mas santa y buena de las madres, despues el noble sentimiento de la pátria, y en estos últimos años la triste musa del desaliento, que unas veces refúgiase en los sombríos torreones de segura fortaleza, y otras extiende los oscuros crespones de sus alas sobre el suelo extranjero, donde los emigrados suspiran al recordar los tranquilos goces de sus

lejanos hogares. Por eso se agrupan en este volúmen, en desaliñada confusion, al lado de las ricas ilusiones desvanecidas por el tiempo, las amargas realidades que el hombre encuentra en el áspero camino de la vida, y las consoladoras aspiraciones que nacen y toman cuerpo en las inteligencias que no desconfían, y que, á pesar de las contrariedades y de los prolongados eclipses que la Libertad y el Derecho sufren, aguardan la realizacion de la Justicia, confesando la marcha del mundo y teniendo como cosa cierta la perfectibilidad de las criaturas.

Inéditas son la mayor parte de las composiciones que en este volúmen colecciono; otras se han publicado en distintas revistas y periódicos, y algunas formaron parte de mis CANTOS POPULARES, libro casi agotado, del cual solo reproduzco ciertos trabajos, dejando en el olvido todos aquellos que tienen carácter puramente político y que, habiendo sido escritos en los violentos instantes en que di á la prensa el primer tomo de mis poesias, encierran duras alusiones y apasionado sentido que hoy, despues de diez años serenamente reconozco, y que solo pueden encontrar justificada disculpa en el afan de la propaganda y en el entusiasmo de aquellos tiempos de excitacion y de combate. Pero entiéndase que al hacer esta confesion, escuchando honradas inspiraciones de la conciencia, solo me refiero á la forma de las composiciones, pues ahora

como entonces continuó rindiendo ferviente culto á las ideas que en el fondo del referido volúmen se sostienen y se dignifican, estimándolas como las únicas que armonizar pueden con el libre y levantado espíritu de este siglo, que en el último tercio de su vida las impone con fuerza incontrastable.

De carácter mas general el presente libro, y sin proponerme reducir mis pensamientos al estrecho círculo de una determinada intencion política, aspiro hoy á cantar las santas alegrías y los augustos dolores de la familia, á bendecir las conquistas del trabajo y de la paz, anatematizando los horrores de la guerra. Pretendo, sin alusiones y sin ásperas formas, señalar los vicios sociales que empañan el esplendor de la moderna cultura; glorificar la memoria de los héroes y de los mártires; exponer, respetando todos los sentimientos, las luchas trascendentales que la fé y la razon sostienen en este momento histórico, en que todo se investiga y todo se discute. Deseo gemir las desventuras de la patria, y llamar á todas las conciencias, y hacer brotar en todas las almas fraternales y nobles ideas, y levantar los caidos espíritus, recordando las grandezas que han quedado esculpidas en las brillantes páginas de nuestra historia.

Resuelto á dejar abandonada la tosca lira, de cuyas pobres cuerdas en vano intento arrancar las notas que palpitan en mi corazon y en mi inteli-

gencia; convencido de que debo guiar por diferente sendero mis aficiones literarias, antes de emprender trabajos de índole distinta, he coleccionado mis ensayos poéticos, no por su mérito—que solo tienen el de haber sido hechos con buena y honrada voluntad—sino por el deseo de conservar en este volúmen el recuerdo de mis afecciones mas puras, la memoria de mis esperanzas, de mis penas y mis regocijos, el testimonio de mis aspiraciones: ideales benditos que si á realizarse llegáran, fijarian el destino de la presente generacion, que, al reñir su última decisiva batalla con los errores y preocupaciones de otros tiempos, adivina á través de los cerrados horizontes las risueñas alboradas de los nuevos dias que se acercan.

ANTONIO LUIS CARRION.

¡QUÉ NOCHE TAN LARGA!

Á MIS HERMANAS.

I.

Sobre mi hogar la muerte
bate sus negras alas,
y las lechuzas con siniestro augurio
en el vecino campanario graznan.

A la primera misa
convocan las campanas,
y en los vidrios opacos se refleja
el ténue resplandor de la alborada.

¡Qué amanecer tan triste!
¡Qué agonía tan larga!
¡Cómo se va la vida!... ¡y cómo lucha
con la muerte la madre de mi alma!

II.

Ya la enferma no sufre;

ya pasó la hora infausta;
ya cesó su Calvario... y ya su espíritu
rompió los lazos que le sujetaban.

Ya he cerrado los ojos
á mi madre adorada;
y ya besé su frente... y ya sus hijas
con sagrado respeto la amortajan.

¡Qué dolorosa prueba!—
¡De nuestra madre santa
ya está el alma purísima en los cielos
y el frio cuerpo en la modesta caja!

III.

¡Ya el carro de los muertos
á la puerta se pára!
¡Ya se aleja la triste comitiva!
¡Ya en la parroquia doblan las campanas!

«De mí no te separes
hasta que esté enterrada»
me dijo; y yo se lo juré, besando
su noble frente cual la cera pálida.

¡Y hoy, cuando se la llevan,
su hijo no la acompaña!
¡Ay!... ¿si mi madre me echará de menos
en la triste capilla solitaria?

IV.

Las mujeres que recen
y lloren en la casa.—
Yo soy hombre y bien puedo con firmeza
apurar del dolor la copa amarga.

Y al cementerio vine
cumpliendo mi palabra,
á guardar con extraño regocijo
el cuerpo de la madre de mi alma.

¡Qué imponente silencio!
¡Qué soledad tan grata!
¡A la amarilla luz de los blandones
qué hermosa está la venerable anciana!

V.

Llegó la última hora.—
¡Ay! ya está preparada
a tumba de mi madre... y por mi rostro
ardientes corren silenciosas lágrimas.

Ya conducen al nicho
mis amigos la caja;
y en la bóveda oscura va á perderse
el último fulgor de mi esperanza.

Y cuando el sacerdote
entonó sus plegarias...
quedé aterrado, cual si el mundo entero
sobre mi corazón se desplomara.

VI.

Hace ya cinco años,
y aun tenemos, hermanas,
triste llanto en los ojos,
negro luto en el alma.

¡Cinco años sin oír sus bendiciones
y sin besar sus canas!
¡Ay, Dios mío, qué noche tan oscura,
tan medrosa y tan larga!

DUDAS Y TEMORES.

Á ESPERANZA.

A las niñas laboriosas,
buenas y caritativas
el ángel de la inocencia
con su manto las cobija.—
Por eso en tu alcoba se oyen
rumores de alas y risas.

Pero luego cuando llegan
de la juventud los días,
con su juicio y sus virtudes
solas se quedan las niñas.—
¿Lo entiendes? solas: ya el ángel
no vela en su compañía.

Algunas entonces hallan
hermosas flores purísimas;
pero hay muchas infelices
que en el sendero perdidas
tan solo encuentran abrojos
y punzadoras espinas.

El cielo quiera que nunca
retoñen bajo tu vista
las flores del desencanto
mústias y descoloridas,
¡pobres flores que las lágrimas
y las penas simbolizan!

Dios haga que nunca pierdas
la pudorosa sonrisa
y las dulces ilusiones
que tus sueños acarician,
ni tus castos pensamientos,
ni tus santas alegrías.

Quiera Dios que el ángel bueno
que la inocencia cobija
no aparte de tí sus alas
de transparencia divina.—
¡Ay, quién pudiera guardarte
siempre pura y siempre niña!

LA NUEVA ERA.

AL POETA DE LA PÁTRIA D. VENTURA RUIZ AGUILERA,

Cuando del tiempo en la severa historia
 ha grabado este siglo
 inmaculadas páginas de gloria;
 cuando al calor de ricas concepciones
 triunfante se levanta,
 y con asombro el mundo
 su poderio y su grandeza canta;
 cuando á la luz bendita
 de la fé y de la ciencia
 todo lo vence y lo resuelve todo
 el poder de la humana inteligencia,
 ¡cómo es posible que tornar podamos
 al tiempo en que los hombres
 tan solo con el hierro y con el fuego
 feroces discutian,
 y en bandos criminales
 con funesto rencor se dividian
 cual manadas hambrientas de chacales!
 ¡cómo es posible que aun trabarse puedan
 esas horribles luchas

que acongojan el pecho,
que empañan las victorias de los sábios
y las nobles conquistas del Derecho!

Cuando el arte realiza la belleza,
y en obras inmortales
escribe de este siglo la grandeza,
á otras generaciones
dejando en ricos mármoles y en lienzos
sublimes y bellísimas creaciones;
cuando se ven las nuevas invenciones
que vida de abundancia y de reposo
dan á la agricultura,
con máquinas perfectas y potentes,
con provechosos libros que revelan
el genio creador de la criatura;
cuando el hombre de ciencia en sus profundos
arranques mira al cielo,
y roba sus misterios á los astros,
y ve en el infinito nuevos mundos;
cuando el laud pulsando,
en santa inspiracion los trovadores
dan forma al sentimiento, sublimando
en sentidos poemas
la fé, la ciencia, el arte, los amores...
el corazon se apena y siente el alma
congojosa agonía
viendo ¡triste contraste! como cesa
tan sublime armonía
por los viejos rencores
del turco y moscovita que con sangre
enrojecen la tierra,

dando al viento los ecos vibradores
de las fúnebres trompas de la guerra.

Cuando el hombre que estudia y que medita
logra que se realicen sus afanes,
y en ráudos torbellinos
á impulso del vapor, sobre las olas,
como mónstruos marinos
se deslizan los férreos leviatanes;
cuando late la industria, y el comercio
intereses lejanos eslabona
y el hambre, el vicio y la miseria estirpa;
cuando vemos que el cambio y el invento
extienden su gestion de zona á zona,
y en fraternal proeza
ligan á las naciones, desatando
las fuentes de la pública riqueza;
cuando los pueblos se unen,
borrando sus fronteras;
cuando el trabajo vence en sus campañas,
y al calor de una idea redentora,
sobre los escarpados precipicios
y abriendo el corazon de las montañas
cruza el mundo la audaz locomotora;
cuando el genio del hombre
su inteligencia iluminada cierra
á los vanos errores seculares,
y á la luz de la llama que lo inspira
baja á estudiar el seno de la tierra
y á revolver el fondo de las mares...
se horrible sarcasmo
que en el Oriente el despotismo quiera

detener la carrera
de esta generacion ya redimida,
enlutando con nubes de ignorancia
los horizontes de la nueva vida.

Cuando pasaron ya los rudos tiempos
de los conquistadores;
cuando el hombre sensato ya no teje
coronas de laurel á los que llevan
el luto y la ruina,
y á extirpar sus errores
hoy la ilustrada humanidad camina;
cuando en nubes oscuras
pasaron ya los dias ominosos,
cuya horrenda memoria
aun viene á estremecernos,
y borramos las penas infamantes
que manchaban los códigos modernos;
cuando, rindiendo culto á la justicia,
en toda su grandeza
la dignidad humana se comprende
por el legislador enaltecido,
y la ruina del cadalso canta
un pueblo y otro pueblo redimido:
que do la Cruz de Cristo se levanta
debe caer el sanguinario yugo,
porque al amparo de su augusta sombra
no es moral ni cristiano que se alce
la espantosa figura del verdugo;
cuando ven que este siglo desvanece
errores de otros dias,
y que estudia y que afirma y que nos muestra

de la paz y el trabajo
 las provechosas y seguras vías,
 ¿cómo, alzando á la Fuerza sus altares,
 y borrando del tiempo la experiencia,
 el musulman y el moscovita quieren
 sujetarse á sus leyes vergonzosas,
 que afectan al honor y á la conciencia?

¡Funesta ceguedad! ¡Rencor maldito
 que arde siempre latente,
 y que en nubes sangrientas hoy trasforma
 los hermosos celajes del Oriente!
 Lucha feroz y horrible
 del hombre contra el hombre, que destruye
 los mas sagrados lazos;
 lucha que hace pedazos
 á la pobre nacion que horrorizada
 sufre el rigor de su nefanda suerte,
 y que mira cruzar sobre sus pueblos
 la carroza enlutada
 del ángel funerario de la muerte.

Desolacion en los feraces campos,
 monumentos del arte
 destruidos por bandas rencorosas,
 talleres sin obreros, negros muros,
 fábricas silenciosas,
 miseria en el hogar, niños hambrientos,
 hospitales y templos incendiados,
 jóvenes en la fuerza de su vida
 por la fiera metralla mutilados,

infelices viudas sin consuelo,
hijos que buscan sus perdidos padres,
ancianas que en el cielo
sus pensamientos fijos
con el triste rocío de su llanto
riegan la sepultura de sus hijos:
¡este es el cuadro horrible
de las luchas insanas
que á las naciones de la Europa inquieta,
donde en rudos combates se confunden
las banderas cristianas
y los rojos pendones del Profeta!

Y la batalla es pujante y dura.
Sangriento el oleaje embravecido.
¡De matanza feroz y de amargura
largos días eternos,
cual si por el Oriente enfurecido
se desbordara todo
el horrible poder de los infiernos!
Pero al cabo, lo mismo
que pasada una noche de tormenta
brilla el sol esplendente...
la guerra concluirá. Del cesarismo
será abatida la soberbia frente,
dejando á las edades venideras
ominosa memoria,
¡y al fin verá la humanidad el día
del amor, de la paz y de la gloria!

¡Atrás el mahometano que no puede

estimar de este siglo generoso
 el progreso constante,
 y que en feroz matanza
 se ceba rencoroso
 á la tremenda voz de sus santones,
 empañando el fulgor centelleante
 de las nuevas ideas con el denso
 humo de los cañones!
 ¡Atrás esos cosacos foragidos
 que en su ambicion esperan
 ser con rico botin enriquecidos!
 ¡Atrás los que quisieran
 imponernos sus leyes con sus lanzas,
 y ornados de laureles
 recorrer victoriosos toda Europa
 al rápido volar de sus corceles!

¡Atrás! Que vuestro brazo poderoso
 ya no es incontrastable
 como en la edad pasada;
 que en el último tercio de este siglo
 el Derecho es mas fuerte que la espada.
 Por eso el hombre de ánimo sereno
 hoy no teme ni envidia
 la gloria del guerrero despiadado,
 ¡pobre gloria sangrienta!
 y entiende que es mas noble y mas honrado,
 no el que mas hombres mata,
 sino el que mas trabaja y mas inventa.
 Y en sus tiernos afanes,
 olvidando los nombres de Pompeyo,
 César y Carlo-Magno,

y de los mas valientes capitanes,
admira al atrevido que pretende
dar direccion al globo en el espacio;
al sábio que desea
conmover á los pueblos con un libro
que enseñe nueva y provechosa idea;
al que esclaviza el rayo poderoso,
y explotando la chispa
que le prestaba aliento,
rápido extiende por el ancho mundo
la expresion del humano pensamiento.

Sabed que en estos tiempos de cultura,
la razon, apoyada en la conciencia,
se levanta serena ante el antiguo
derecho del mas fuerte, condenado
por el recto criterio de la ciencia.
Que el hombre de juicio, horrorizado
ante las fieras luchas
que el fanatismo ó la soberbia enciende,
hoy con amor pretende
que el santo imperio de la paz se haga,
abriéndose los pechos
á nuevas fraternales expansiones.
Que hoy queremos hacer de los cañones
útiles instrumentos;
ahogar con el rumor de los talleres
la estéril griteria
de los desordenados campamentos;
y que la mano del progreso funda
en máquinas y aperos de labranza
los funerarios trenes de la guerra,

logrando retorcer la férrea lanza
en azadon para cavar la tierra.

De ese modo, las ciencias, las industrias,
la agricultura, el arte y el comercio,
con fuerza soberana
alzaránse, mostrando á donde llega
teniendo fé la actividad humana;
pues las sérias costumbres de este siglo,
y las aspiraciones
que brotan en los pechos de los buenos
prueban el digno espíritu que anima
hoy á las nuevas civilizaciones.
Que al calor de ese espíritu sublime
el hombre redimido vuelo toma,
y no es el pobre Pária
de los tiempos primeros, ni el Esclavo
de Atenas y de Roma;
que al romper su cadena sobre el muro
del castillo feudal, chispa divina
encendió su apagada inteligencia,
y el que era Siervo consagrose Hombre
en el altar sagrado
de su libre razon y su conciencia.

¡La razon! ¡la conciencia! Que á su influjo
se muevan los honrados corazones;
y que el vértigo pase, y que la guerra
plegue al fin sus fatídicos pendones.
Que la sangre vertida,
y los campos y pueblos arrasados
sean digna enseñanza

que temple los rencores,
haciendo que en los pechos angustiados,
al calor de la paz que Dios bendice,
renazcan la armonia y la esperanza.

¡Ah! quiera Dios que el hombre de los hielos
y el ferviente sectario de Mahoma
den tregua á los insultos,
oyendo la palabra de este siglo
y la protesta de los pueblos cultos;
que al progreso sus himnos entonando
y extinguidos sus odios seculares,
abran á sus discordias ancha tumba,
sobre ella levantando
á la fraternidad nobles altares.
Quiera Dios que en su pecho
se despierte la voz de la conciencia
elevando el espíritu caído,
y comprendan que ahora
da principio la fuerza del Derecho
donde el derecho de la Fuerza acaba:
porque á la edad de hierro ha sucedido
la edad de las ideas
que en el Gólgota Cristo predicaba.

NAUFRAGIO DE UN ALMA.

Pasó del niño la bendita calma,
y hombre ya, de mi ser tuve conciencia.—
¡Cuánta rica ilusion!—Lancé mi alma
al proceloso mar de la existencia.

Dejo la orilla.—Rebramando el viento
mi frágil nave á la ventura envia.—
¡Cuál se abisma en la sombra el pensamiento!—
¡Qué tormenta gran Dios!—¡Pobre alma mia!

Abismo aterrador; olas cual montes
que en torbellino horrible se desatan.—
Roncos truenos; cerrados horizontes;
frio en el corazon; dudas que matan.

Las pasiones del mundo en torno mio
rugen todas.—Mi espíritu se agita;
y al vagar la materia en el vacio,
la razon calla: la conciencia grita.

Tan solo Dios el derrotero sabe.—
Reina la oscuridad.—Triste y perdida

faro de salvacion busca mi nave
luchando con las olas de la vida.

¡Inútil batallar!—Voy peregrino
por la oscura extension sin rumbo cierto;
sin una luz que alumbre mi camino,
sin un piloto que me guie al puerto.

Y el abatido espíritu desmaya;
y voy juguete del destino impio,
hasta que al cabo en la desierta playa
muerto me arroje el huracan bravo.

RECUERDOS TRISTES. (1)

Á PEDRO LLINÁS.

I.

Desde mi aislado retiro,
desde una sierra de Africa,
y con la mirada puesta
en las costas de la pátria,
que al espirar de la tarde
pesadas brumas empañan,
te envío el triste recuerdo
que ofrecí en horas amargas.

Aun escucho, pobre amigo,
tus quejas desesperadas;

(1) Desterrado de España, pasé por Gaucin con dirección á Gibraltar, en cuya plaza debía reunirme á mi querido amigo Eduardo Palanca, con el fin de embarcarnos para Africa. Al llegar al célebre pueblo de la Serrania, detuve un momento mi viaje, deseoso de abrazar á Paco Llinás, uno de mis mas buenos amigos; pero cuál no sería mi sorpresa y mi amargura cuando, creyéndolo bueno y dichoso, lo encontré sin vida y entre cuatro blandones! He aquí la sombría historia de la presente composición, que escribí satisfaciendo tristes deseos del desventurado padre de mi amigo.

aun siento temblar tus manos;
aun miro tu frente pálida;
y aunque ha pasado ya tiempo
en mi memoria se guardan
los detalles dolorosos
de aquel tristísimo drama.

Aun la conmocion me dura
y la sorpresa me embarga;
aun siento la misma pena
que en aquella tarde infausta,
cuando al cruzar por tu pueblo
en busca de tierra extraña
vi cortejo funerario
á la puerta de tu casa.

Aun suenan en mis oidos
de tus hijas las plegarias;
aun siento, infeliz anciano,
sobre mi rostro tus lágrimas,
y contemplo silencioso
aquella caja enlutada
donde para siempre duerme
un pedazo de tu alma.

¡Pobre Paco!...—Solo pude
estrechar su mano helada;
y cual las hojas caidas
que el huracan arrebató,
empujado por el sino
que me separa de España,
te dí un abrazo, y seguí

presuroso mi jornada,
cuando á doblar por tu hijo
empezaron las campanas.

II.

Dicen que todo lo borra
el tiempo en su fria marcha
y que todos los pesares
al pasar los años, pasan;
mas yo que conozco cuanto
á tu hijo idolatrabas,
no te aconsejo que olvides
aquella horrible desgracia,
ni que tu llanto contengas,
—¡benditas sean las lágrimas!—
que cuando los padres lloran
los hijos muertos se salvan.

Llora, que el llanto mitiga
las aflixiones del alma;
llora, porque era tu hijo
la lumbre de tu mirada,
el jugo de tu existencia,
la juventud de tus canas.

Llora, amigo sin ventura,
que el llanto las penas calma
cuando las desdichas vienen
y se van las esperanzas.

HORAS BENDITAS.

Yo he visto iluminarse el horizonte
por las nubes cubierto,
y á su luz muchos hombres confundidos
en abrazos estrechos.

Yo vi cesar la lucha que venian
los hombres sosteniendo,
y vi un iris de paz y de ventura
dibujarse en el cielo.

Yo he visto á las naciones, proclamando
la fuerza del Derecho,
romper en mil pedazos la tajante
espada del guerrero.

Yo vi cumplirse el ideal bendito
de los hombres modernos;
mas lo vi con los ojos del poeta...
en las horas de sueño,

¡NO MAS ESCLAVOS! (1)

AL GENERAL D. RAMON CORONA

Ministro de los Estados-Unidos Mexicanos en Madrid.

I.

Los que pedis la igualdad
con entusiasmo ferviente;
los que llevais en la mente
un mundo de libertad;
los que amais la caridad
odiando la tirania;
hijos de la patria mia,
pueblo generoso y bravo...
¿no oyes de otro pueblo esclavo
la aterradora agonía?

¿No percibes el lamento
que á las costas españolas

(1) Esta composicion forma parte de EL CANCIONERO DEL
ESCLAVO, que publicó la Sociedad Abolicionista Española, colec-
cionando las poesias laureadas y recomendadas por el Jurado en el
certámen que se celebró el año 1866.

van trasportando las olas
impelidas por el viento?
¿No agita tu pensamiento
el cuadro desolador
del negro que á su señor
le pide perdon en vano,
cuando azotan á su hermano
y á los hijos de su amor?

Oyendo el agonizante
grito del negro que llora,
¿no es verdad que se colora
de vergüenza tu semblante?
¡Oh, sí!—Ya escucho el gigante
eco de tu indignacion,
que ofrece con efusion
aun la sangre de tus venas
para romper sus cadenas
al grito de redencion.

Que el mundo asombrado vea
la grandeza de mi España,
y por tan bendita hazaña
mi pueblo bendito sea.—
Hoy se levanta una idea
de sublime magnitud;
hoy se asocia la virtud, (1)
y de caridad crisoles
hoy quieren los españoles
abolir la esclavitud.

(1) Alude á la Sociedad Abolicionista.

Hoy del esclavo vendido
quieren romper la cadena;
que España escucha con pena
su prolongado gemido.
Pues la sangre que ha corrido
del pobre negro doliente,
que atado al yugo impotente
apura la amarga copa,
de los libres de la Europa
está manchando la frente.

Hoy quiere España en el nombre
de aquel que murió en la Cruz,
hacer que brote la luz
ante los ojos del hombre.
Hoy quiere que al mundo asombre
su férvida caridad;
hoy quiere que la verdad
á los tiranos humille,
y que en América brille
el sol de la libertad.

II.

Ilustre dama nacida
con estrella sonriente,
y por el suave ambiente
de la fortuna mecida:
tu joya mas preferida
venga á calmar la amargura
del esclavo sin ventura,

que al ver cesar sus enojos,
con las perlas de sus ojos
adornará tu hermosura.

Sean tus joyas el consuelo
del porvenir que le aterra;
que el bien que se hace en la tierra
abre las puertas del cielo.
Rasga de su sombra el velo
y haz que la dicha recobre:
del tesoro que te sobre
al misero esclavo dale;
que el tesoro que mas vale
es la gratitud del pobre.

Hijas del pueblo, llegad,
y cual amorosa prenda,
tambien una pobre ofrenda
para los negros dejad.
Tiernas madres, esperad
de aquellas madres la palma;
que al ver sus hijos en calma,
os pagarán su ventura
bendiciendo con ternura
los hijos de vuestra alma.

Mitiguen las aflixiones
del pobre esclavo que azotan,
esas lágrimas que brotan
vuestros libres corazones.
Y alzad vuestras oraciones

al compás de su agonía;
pues la plegaria que envía
una madre en su dolor,
la recibe con amor
la pura Virgen Maria.

Tú, soberbio potentado,
dichoso con tu grandeza,
que al peso de tu riqueza
vas caminando agobiado:
para el negro esclavizado
da tu fortuna sin duelo;
mira que en férvido anhelo
van todos del bien en pos;
mira que el ojo de Dios
te contempla desde el cielo.

Dios, que la virtud escuda
y que tus acciones vé;
Dios, que levanta la fé
sobre el mundo de la duda.
Dios, que al desvalido ayuda
y á la maldad pone freno;
Dios que de justicia lleno,
siempre en su ley apoyado,
sabe humillar al malvado
y sabe premiar al bueno.

III.

Los que soñais, al cantar
pensamientos sobrehumanos,

en una pátria de hermanos
á las naciones juntar;
los que lograis despertar
con el laud la conciencia;
predicando la clemencia
cambiad del negro la suerte,
y ahogad sus cantos de muerte
con himnos de independencia.

Poetas, que con teson
alzais la voz redentora,
al ver que la pátria llora
en estúpida opresion:
pidiendo la abolicion
libres cantos entonad;
que el poeta es en verdad
la luz que en la sombra avanza,
y es el primero que lanza
el grito de libertad.

Tú, pueblo, que en tus prolijos
afanes y en tu despecho,
por recobrar tu derecho
das la sangre de tus hijos...
allá en América fijos
los ojos ¿no hay qué te asombre?
¡Son esclavos!—Ve en el nombre
de un Dios que esclavos no quiere;
y si es necesario muere
para redimir al hombre.

Por el negro envilecido

tu voz soberana vibre;
que no merece ser libre
quien no levanta al caído.—
Responde al triste gemido,
y sus derechos pregona;
la santa empresa corona
con noble y potente hazaña,
y que el nombre de tu España
admiren de zona á zona.

Pobres, ricos, trovadores,
tribunos de la virtud...
¡Abajo la esclavitud!
¡No mas siervos ni señores!
Ahuyentemos los errores
de ese tráfico inhumano,
antes que oprima el tirano
yugo de conciencia al pecho
gritando... ¡Cain! ¿Qué has hecho
de la vida de tu hermano?

Hijos de España, avanzad
de la ilustración en pos;
que el negro, imágen de Dios,
nos pide su libertad.
Y si sucumbís, pensad
en el ejemplo fecundo
de Cristo, que en su profundo
cariño al darnos la luz,
murió azotado y en Cruz
por la libertad del mundo.

LA SUPERFICIE Y EL FONDO.

Á MI HERMANO JOSÉ M. NIETO.

Bajo las aguas del sereno estanque
hay negras capas de revuelto fango,
y en búcaro riquísimo se encierra
licor emponzoñado.

Detrás de la sonrisa cortesana
oculta sus instintos el malvado,
cual entre puro césped se refugia
el repugnante sapo.

¡Cuántos hombres que vemos con envidia
deslumbrantes pasar á nuestro lado,
lástima nos darian... si por dentro
pudiésemos mirarlos!

TÚ Y YO.

Tú eres la rosa que en la pradera
su puro cáliz entreabrió;
yo soy el lírio que en el desierto
marchito muere por el dolor.

Tú eres la alondra que en fresco nido
alza su canto de bendicion;
yo soy el ave que errante cruza
bajo el ardiente fuego del sol.

Tú eres la brisa que va libando
dulces aromas de flor en flor;
yo soy la tromba que fiero empuja
el rudo soplo del aquilon.

Tú eres la pura dulce armonía
que brota al fuego de inspiracion;
yo un eco triste que entre suspiros
por los espacios perdido voy.

Tú eres laguna de puras aguas;
yo soy torrente desolador.—
Tú la alegría; yo la tristeza.
Tú eres la risa: el llanto yo.

II.

Tú eres la clara luz de los cielos
que alumbra el alto trono de Dios;
yo soy la sombra que triste gira
de los sepulcros alrededor.

Tú eres la perla que la alborada
sobre las flores depositó;
yo soy la lágrima encandecida
que amarga brota del corazón.

Tú eres la dulce santa plegaria
que llega al trono del Hacedor;
yo solamente un prolongado
triste suspiro desgarrador.

Tú eres brillante copo de nieve;
yo soy el fuego devastador.
Tú la esperanza; yo soy la duda.
Tú eres el día: la noche soy.

Tú, niña hermosa, por tus virtudes
eres un ángel de redención.—
Yo soy un alma que errante gime.
Tú eres la vida: la muerte yo.

CAMINO DE ESPINAS.

Á JOSÉ NAVARRETE.

I.
La vida es un sendero
á cuyo fin el caminante halla,
como albergue bendito,
el misterio insondable de la nada.

Los que ni aman ni sienten
contentos y despacio siempre marchan;
los que sufren y piensan
corren para dejar la triste carga.

Alegres van los unos;
los otros con la cruz sobre la espalda
van tristes y regando
las piedras del camino con sus lágrimas.

II.

Los que mucho caminan
pronto llegan al fin de la jornada;

por eso ya nuestras cabezas vemos
cubiertas con la nieve de las canas.

Por eso en nuestras frentes
prematuras arrugas ya se marcan;
y aunque jóven el cuerpo todavía,
son viejas nuestras almas.

Que en mal hora emprendimos el viaje,
y en las ásperas zarzas
del angosto sendero van quedando
girones de las muertas esperanzas.

LENGUAS MALDITAS.

Guárdete el cielo, niña,
guárdete el cielo
de esas lenguas que escupen
mortal veneno,
con el que empañan
el nombre mas augusto,
la honra mas clara.

Quiera Dios ampararte
de la calumnia,
que siempre dejan algo
sus mordeduras;
porque la envidia
es heraldo de infamias
y de mentiras.

Pregonero maldito
de la soberbia
que en pechos miserables
el odio engendra,

Infames bronces
que la calumnia mueve
y todos oyen.

Campanas cuyas lenguas
tocan*á muerto;
campanas ¡ay! fundidas
en el infierno;
que solo doblan
publicando la muerte
de alguna honra.

LA VIDA.

Pasan de la primavera
 las auras murmuradoras
 depositando sus besos
 en las flores mas hermosas.
 Despues, el sol del estío,
 los horizontes colora;
 y cuando el invierno tiende
 sobre la tierra su sombra,
 los árboles van perdiendo
 una por una sus hojas,
 los pájaros sus cantares
 y las flores sus aromas.

Desparecen de la infancia
 rápidamente las horas,
 bajo el sol de las caricias
 de una madre cariñosa;
 dando lugar á las dulces
 imágenes seductoras,
 que al soplo de juventud
 nos sonrien melancólicas.
 Mas, cuando la vejez llega,

ante su fúnebre antorcha
brilla la verdad y mueren
nuestras ilusiones todas.

Así la vida, y así
nuestra miserable historia.—
¡Triste lágrima que envuelve
el mar en sus turbias ondas!
¡Pobre gemido sin eco!
¡Nube que el viento evapora!
¡Luz que brilla un solo instante
entre las eternas sombras!—
Nacer; sentir; y soñando
esperanzas ilusorias,
despertar con el sublime
llanto que del alma brota,
al eco de una plegaria
en la orilla de una fosa.

LA ÚLTIMA HORA. (1)

AL SR. D. NICOLÁS SALMERON.

I.

La tempestad ruge fiera
sobre el calabozo oscuro,
y zumba en el fuerte muro
la seca detonacion;
cual si estremecida viendo
el crimen que se prepara,
desde el cielo protestara
la voz potente de Dios.

El relámpago encendido
cruza las altas regiones,

(1) Los horribles sueltos que á continuacion copio han dado motivo á la presente composicion. Medite el lector sobre estos tristísimos detalles:

—Solo en el trascurso de ocho dias han tenido lugar tres ejecuciones en Amurrio, una en Bilbao, dos en Pamplona, una en Belmonte, una en Logroño, dos en Algeciras y otra en Estepona. En los mismos dias han sido condenados á la última pena tambien, dos reos en Almanza y uno en Burgos.—(El Avisador, 25 Setiembre 1877.)

—La avanzada edad del ejecutor de la justicia ó la mala disposicion de los tornillos del garrote, ocasionó una escena horrible en la ejecucion del infeliz Lopez Burriel, llevada á cabo hace pocos dias en Algeciras. El reo tardó algunos minutos en pasar á la otra vida, impre-

y en furiosos aluviones
se desata el vendaval.
Luz que á cegadas conciencias
justas enseñanzas trae;
llanto que en la frente cae
de la triste humanidad.

Se oye el golpe que levanta
el patíbulo afrentoso;
da un centinela medroso
su alerta la última vez...
mientras que la muchedumbre,
sin caridad ni conciencia,
con estúpida impaciencia
aguarda el amanecer.

Y en la fúnebre capilla,
duramente encadenado,
por el terror embargado
respira con ansiedad,

sionando hondamente esta repugnante escena á cuantos la presenciaron.—(El Porvenir, 28 Setiembre 1877.)

—Ni la hora, ni la niebla, ni la llovizna impidieron que el Campo de Guardias estuviere desde muy de madrugada ocupado por una concurrencia numerosísima, ávida de presenciar la ejecución de los reos Aguilar y Molló. Niños, mujeres y ancianos, hombres de todas clases y condiciones corrian en tropel sin respetar la fuerza pública ni los agentes de la autoridad: el objetivo era coger un sitio, como se dice vulgarmente, si podía ser en uno de los desniveles del terreno, desde cuyo lugar pudiera dominarse el terrible espectáculo. No es posible calcular el número de gentes que de todos los barrios y por todas las calles se dirigian al Campo de Guardias; pero á juzgar por la extensión del terreno y las masas que lo ocupaban, se cree que llegarían á ochenta mil! las personas que asistieron á la ejecución. Lo consignamos con dolor y con vergüenza.—(La Epoca, 29 Diciembre 1877.)

un hombre, de Dios imagen,
que el destino airado lanza
ante la estéril venganza
de la torpe sociedad.

Un pobre ser sin consejo
en el mundo abandonado,
por leve falta encerrado
en miserable prision,
cuyas viles compañías
excitaron sus pasiones,
cuyas impuras lecciones
perturbaron su razon.

Pues si las cárceles fueran
en vez de antros pervertidos,
para espíritus caidos
casas de paz y salud,
tal vez el que hoy contemplamos
en tan horribleagonia,
bien curado... seguiria
la senda de la virtud.

Y libre y digno se viera
el que ahora la frente inclina,
gracias á la medicina
del trabajo y la instruccion,
que en la celda solitaria
hallaria el delincuente,
siempre aislado... y frente á frente
con su conciencia y con Dios.

II.

Ya amanece; ya es de día;
ya llega la última hora;
y sin duda reza ó llora
en silencio el infeliz;
porque ante el Cristo humillado
silencioso permanece,
y sumergido parece
en un letargo sin fin.

Tal vez recorre un extenso
campo de esmaltadas flores,
aspirando los amores
de una niña virginal.
Tal vez en su demacrada
y calenturienta frente
el pobre, soñando, siente
las auras de libertad.

Tal vez goza el desdichado
en sus funerarios sueños;
quizás torna á los risueños
instantes de su niñez.
Quizás su letargo tiene
misteriosas armonías,
y esperanzas de otros días
que ya nunca han de volver.

Mas... bruscamente saliendo

del estupor que le embarga,
deja escapar una amarga
y doliente exclamacion,
que trasparente la idea
en su pensamiento fija,
pues dice, llorando, «¡hija...
madre de mi corazon!»

Y al descubrir el semblante,
rojo por la calentura,
enternecido murmura,
«¿y mi madre, dónde está?
Ella y la hija de mi alma
son mi esperanza postrera,
y antes de morir quisiera
entre sus brazos llorar.

Voy á morir, y la muerte
que se acerca yo no siento;
soy cristiano y me arrepiento
de los males que causé;
mas la idea que mi pobre
ardiente cerebro quema,
es el odioso anatema
con que sus frentes marqué.

Mi hija... mi madre... las prendas
queridas del alma mia,
con esta sentencia impia
infamadas quedarán.
Y perdidas en el mundo,

solas, sin un brazo amigo,
¡inocentes el castigo
de mi crimen sufrirán!

Por ellas, por ellas siento
la amargura de mi suerte;
por ellas temo á la muerte
que no tardará en venir.
Por ellas exhalo ahora
mi alma envuelta con mi llanto;
¡voy á morir, cielo santo...
y no quisiera morir!»

III.

Cual seca encina que dobla
silbando furioso el viento,
el infeliz sin aliento
desfallecido calló
ante el altar do se alza
como emblema cariñoso,
aquel hombre misterioso
que en el Gólgota murió.

Poco despues... impasibles
en el calabozo entraban
los que allí representaban
la ofendida sociedad,
seguidos de nécia turba
que el calabozo invadia

mirando al reo con fria
y vana curiosidad.

Y aquel triste, derramando
miradas de angustia llenas,
sintió caer sus cadenas
con funerario crujir.
Y al ver la faz del verdugo
ruda y amenazadora
dijo... «¡Ya llegó la hora!
¡Dios tenga piedad de mí!»

Despues, cayendo en los brazos
de un sacerdote, contrito
lanzó el desdichado un grito
de inexplicable dolor.
Y llevando su mirada
en un Santo Cristo fija
salió repitiendo... «¡hija!
¡madre de mi corazon!»

Mientras que fuera se escuchan
los gritos de la canalla,
y la tormenta que estalla
con solemne magestad;
como si la voz del cielo
se alzara en potente grito
contra ese crimen maldito
que afrenta á la humanidad.

VEN Á MI LADO.

Las locuras del mundo solo brindán
frutos amargos.
que envenenan las almas y las pierden,
roto el encanto.

Si buscas oropel y vanidades,
pasa de largo.
Si prefieres lealtad y amores puros,
ven á mi lado.

¡POBRES MADRES!

Á MI SOBRINO FRANCISCO DE P. CASILARI.

En un pueblo de las tristes
soledades de la Mancha,
viviendo modestamente
en una casita blanca,
pasa su vida llorando
una venerable anciana,
que ayer vivía dichosa
y hoy muere sin esperanzas.

Tenia un hijo que era
la alegría de su alma,
el jugo de su existencia
y la luz de su mirada.

Pero el rudo torbellino
de las pasiones humanas,
en su revuelta corriente
al bravo mancebo arrastra,
y pierde la pobre madre
al hijo de sus entrañas.

Desde entonces la infeliz
en la aldea solitaria,

lejos de su hijo, vive
una existencia de lágrimas.

Y cuando brilla la luz
tras los vapores del alba;
cuando las nacientes flores,
los pájaros y las aguas,
con su aroma, con sus trinos
y con su murmullo, alzan
en armónico concierto
su misteriosa plegaria;
ella, pensando en el hijo
que tiene en tierras lejanas,
recorre triste los campos,
y con sentidas palabras,
dice mirando las flores,
los pájaros y las aguas:

—¡Sois libres! Con libertad
él vivía en mi compañía.
En ese robusto tronco
entrelazais vuestras ramas:
él también sus fuertes brazos
á mi cuello rodeaba.
Os envidio florecillas:
sois libres. ¡Libertad santa!...

Pajaritos que cruzais
por la región azulada,
buscando el nido en que anida
la madre que tanto os ama...
yo también tenía un hijo,
y está muy lejos de España.

Lo mismo que ese arroyuelo

de su manantial se aparta,
él se apartó para siempre
del manantial de mi alma.

Las pobres madres, no saben
mas que amar y ser amadas;
¿qué entienden ellas de yugos,
de libertad ni de pátria?

Yo tan solo se que errante
mi hijo por el mundo vaga,
como la perdida hoja
que el huracan arrebató.

Yo solo se, que si llora
cuando recuerde á su pátria,
con el calor de mis besos
no podré secar sus lágrimas.

Yo solo se que está ausente
y que su ausencia me mata:
las pobres madres no saben
mas que amar y ser amadas.

Ya no veré su sonrisa;
ya no besaré mis canas;
ya no estrecharé sus manos
entre mis manos heladas;
ni en mi postrera agonía
escucharé sus plegarias.

Ya no cerrará mis ojos;
ni derramando sus lágrimas,
pondrá una cruz en mi tumba
con florecillas tempranas...

Todo acabó para mí,

que en estas luchas infausta
he perdido para siempre
al hijo de mis entrañas.

Y llorando amargamente
aquella infeliz anciana,
siguió mirando las flores
y las aves y las aguas.

CUIDADO, NIÑAS.

Niñas, que con el alma
estais amando,
tened con los amantes
mucho cuidado...
porque los hombres
son cual las mariposas
para las flores.

Y éstas, así que liban
el puro néctar
que brota de las hojas
de la inocencia,
su vuelo tienden
mientras la pobre niña
llorando muere,

Y al aspirar volubles
la tierna esencia
de otra flor, escarnecen
la flor primera;

y hasta se burlan
del rocío que riega
su desventura.

Así los hombres, vuelan
de rama en rama,
llevándose pedazos
de vuestras almas;
y con su vuelo
vuelan las ilusiones
de vuestros pechos.

¡Pobres niñas, que viven
de la esperanza,
y la esperanza es aire
que con sus alas
contagia el hombre,
contagiando de paso
los corazones!

¡Pobres copos de nieve
que en la pradera
ostentais la blancura
de la inocencia;
pronto los rayos
del sol, vendrán ardientes
á disiparos!

Y vereis como esos
rizados copos,

muy pronto se trasforman
 en túrbio arroyo,
 que va rodando
 á perderse en los mares
 del desengaño.

Así los hombres logran
 con sus palabras
 derretir las virtudes
 de vuestras almas;
 dejando solo,
 cenizas de un recuerdo,
 llanto en los ojos.

Pues la niña que pierde
 sus ilusiones,
 es sol que no calienta,
 prado sin flores;
 hija sin madre.

arbolito que arrastrán
 los huracanes.

¡TANTUMMODO PULVIS!

Á JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

Yo lo vi en su palacio,
con poder y riquezas fabulosas;
con títulos y honores,
cumplidas ya sus ambiciones todas.

Y luego vi á la muerte
llegar callada á la opulenta alcoba;
y vi pasar su entierro,
como el de un soberano con gran pompa.

Y cuando, al exhumarle, mirar quise
de tantas vanidades la memoria,
¡no habia mas que polvo
y asquerosos gusanos en la fosa!

EL ONCE DE DICIEMBRE.

Á FRANCISCO FLORES GARCIA.

La generosa pátria de los Cides,
el pueblo de Sagunto y de Numancia,
el colosal gigante que en Pavia
supo humillar las lises de la Francia,
la pátria de Pelayo,
el pueblo de Bailen y Zaragoza,
el soberbio leon del Dos de Mayo...
con asombroso brío,
para alcanzar la Libertad bendita
que le robara el despotismo fiero,
reluchaba impotente
contra el tirano impío;
que con el súcio polvo de su huella
osó manchar su inmaculada frente.

Pero en vano.—La sangre generosa
en torrentes corrió de nobles venas
abiertas por la saña
del déspota sangriento,
que al compás de sus míseras cadenas

arrastraba su carro funerario
por las libres llanuras de mi España.

Y la nacion gloriosa
por sus hechos gigantes;
la cuna de los nobles corazones;
la que guarda mas páginas brillantes
escritas por el tiempo
en la historia imparcial de las naciones,
bajo la férrea mano del verdugo,
á su carroza uncida,
se arrastraba sin fuerzas y sin gloria,
sin esperanzas, sin honor, sin vida!

.....

Mas el cielo acudió.—Que los gemidos
del azotado pueblo,
en notas lastimeras
al ráudo soplo de las puras brisas
llegaron á las playas extranjeras,
donde un grito supremo
de los que allí, por su nefanda suerte
desterrados lloraban,
contestó... ¡Libertad! ¡Victoria ó muerte!

Y su seguro hospitalario asilo
abandonan los bravos
amantes hijos de la pobre España,
dispuestos á romper el torpe yugo,
y á redimir los míseros esclavos
luchando hasta morir con su verdugo.

Y rápida su nave
avanza entre la bruma,
en las olas dejando
nevada estela de brillante espuma.
Y al divisar las costas malagueñas
Torrijos con su férvida y valiente
débil legion, que busca la victoria,
en su entusiasmo ardiente
saludan nuestras playas entonando
himnos de libertad, himnos de gloria.

Y pisan sus arenas
con audaz valentía,
lentos de fé los valerosos pechos,
los héroes que ambicionan
perder la vida por salvar la pátria
y redimir al pueblo que pedía
leyes y libertad, paz y derechos.

Mas... ¿dónde están los héroes que debieran
responder á este grito prepotente?
¿A nuestra voz amiga
no responden los hijos del valiente
pueblo malacitano?
¿Dónde la hueste que á la lid nos siga?
¿Dónde hay un brazo que el acero vibre?
¿Es tan pobre esta pátria que no tiene
quien dé su sangre por hacerla libre?

A la voz generosa de aquel bravo
responde solamente

el silencio fatal de la agonía!
Este pueblo tambien triste vivia
la miserable vida del esclavo.
Tambien sus nobles hijos sin ventura,
con el dogal ceñido á la garganta,
cada dia ensangrientan
el patíbulo infame
que el sicario Moreno les levanta.

Por eso el pueblo llora
y retuerce sus bárbaras cadenas,
sabiendo que la sangre de los héroes
en la desierta playa
salpica las arenas.
¡Sangre infeliz que mancha su oprimida
avergonzada frente,
porque es sangre querida
de los patricios que quisieron darle
justicia y paz, y libertad y vida!

Vedles:—Hácia la triste
playa de san Andrés corren serenos
buscando la corona del martirio.—
Morirán como buenos
colocando en el cielo su esperanza,
ya que á sus gritos permanece muda
la aterrada ciudad, y en vano, en vano
con angustiosa voz piden ayuda;
que al grito ¡Libertad! solo responden
con salvajes rugidos de venganza
las estúpidas hordas del tirano,

Torrijos, Flores, y Golfín y Pinto,
y otros cuya grandeza
hacer latir los libres corazones,
enseñan como mueren
los valerosos mártires del pueblo;
dejando en nuestras almas su memoria,
y á otras generaciones
señalado el camino de la gloria.

Miradles.—Si las lágrimas acaso
ruedan por las mejillas
de esos libres soldados de la idea
predicada en el Gólgota bendito,
no es el llanto que crea
el pavor en los pechos miserables;
es que tienen con fuerza poderosa
en las queridas prendas de sus almas
sus pensamientos fijos,
el esposo que sufre por la esposa,
el niño que suspira por su madre...
y el anciano que llora por sus hijos!

¡Hélos allí!—Doblada la rodilla,
el pensamiento en Dios, van á ceñirse
á sus pálidas frentes la corona
que el cielo guarda á quien virtud abona
y se encuentra al final de su Calvario.

.....
«¡O muerte ó Libertad!»—gritan cayendo
bajo el rigor de su nefanda suerte...
Y allá de zona en zona,

su valeroso grito difundiendo,
repite el eco: ¡ó Libertad ó muerte!

¡Murieron!—Mas la sangre generosa
que el despotismo impío
vertió con dura saña,
fué provechoso celestial rocío,
que dió vida al gigante
árbol de Libertad, que desde entonces
colora el sol de la valiente España.

Y ese árbol puro, misterioso y santo
que la mano de Dios plantó en el suelo,
regado con la sangre de los mártires
dará fruto fecundo;
y al fin crecerá tanto...
que con su aroma se perfume el cielo,
y con sus ramas se cobije el mundo.

Á FREXA LA JOROBADA. (1)

Cuando te miran pasar,
algunas sueltan la risa.
¡Si ellas se vieran por dentro,
Frexa, cómo llorarían!

Dentro de cuerpos deformes
hay corazones de oro;
detrás de rostros de cielo
laten almas de demonios.

La mas hermosa materia
se pudre en la sepultura;

(1) Frexa es una pobre de Tánger, coja y jorobada; pero cuya alma excelente contrasta con la deformidad de su cuerpo.—Tiene pasión por los españoles, y apenas arriba un emigrado á las playas africanas se le presenta la infeliz hebrea, dispuesta á servirle de guía y de intérprete, dando pruebas de gran desinterés en medio de la miseria en que vive.—Una tarde que ciertas señoras poco compasivas se burlaban de Frexa, le escribí estos renglones en una de mis tarjetas, que la pobre jorobada guardó como precioso obsequio.

los espíritus que sufren,
ni cambian... ni mueren nunca.

Desprecia, pobre judia,
la risa de esas mujeres;
que el que insulta á un desgraciado
harta desventura tiene.

IDEALES.

Á DÁMASO DELGADO LOPEZ.

El sagrado rocío de la aurora
riega lo mismo al provechoso arbusto,
que á las plantas malditas que producen
empozoñados jugos.

El mismo aire que llena los pulmones
del pez, del ave y del gallardo bruto,
infunde vida al tigre sanguinario,
y al reptil nauseabundo.

El mismo sol desde su trono envia
sobre la humanidad sus rayos puros...
y unos hombres son víctimas humildes,
y otros fieros verdugos.

¡Cuándo vendrán los dias en que todo
sea bueno y verdad, y bello y justo;

hora en que se iluminen los cerrados
horizontes oscuros!

¡Cuándo llegará el día en que se encuentre
perfeccionado y redimido el mundo,
y sobre la virtud no se levante
el vicio con orgullo!

FLORES Y NIÑAS.

I.

Brota un capullo: la brisa
 le da su primer suspiro;
 en sus apiñadas hojas
 pone una perla el rocío;
 acaricia sus raíces
 el arroyo cristalino;
 y una célica armonía,
 desde sus amantes nidos,
 á manera de plegaria
 elevan hasta el Altísimo
 al aspirar su perfume
 los canoros pajarillos.

Abre la flor: su corola
 besa el céfiro lascivo;
 las mariposas la envuelven
 con sus caprichosos giros;
 el cierzo de la montaña
 empalidece su brillo;

y así que marchita el sol
sus colores purpurinos,
ruge el viento, y desprendida
de la rama en que ha nacido
la pobre flor se revuelve
entre las ondas de un río.
¡Tristes ondas que la arrastran
en sus pliegues blanquecinos,
para darle sepultura
en los mares del olvido!

II.

Nace una niña: su madre
la besa con una lágrima;
pide á Dios que le conceda
un porvenir de bonanza;
en su inocente sonrisa
tiene el alma de su alma;
y al soñar con la ventura
del fruto de sus entrañas,
ve llegar la juventud
y un triste gemido exhala
diciendo: ¡Pobre hija mía!
Ya eres mujer. ¡Dios te valga!

La hermosa jóven parece
un ángel con forma humana:
no hay corazón que resista
el fuego de su mirada;

pero la fé, las virtudes
y aquella sonrisa casta
por siempre las ha perdido;
que seductoras palabras
arrastraron su inocencia
á los mares de la infamia,
donde van las ilusiones
cuando naufragan las almas.
¡Triste mar donde perdidas
van las muertas esperanzas,
al compás de los suspiros
y al impulso de las lágrimas!

¡ADELANTE!

(EN EL ALBUM DE UN ARTISTA.)

Tú idolatras el arte,
yo amo el progreso;
tú sientes y ejecutas,
yo estudio y pienso.
Tú buscas lauros;
yo busco libertades
para el esclavo.

Tu camino prosigue,
feliz artista,
mientras yo sigo el mío
lleno de espinas.
Y quiera el cielo
que al final de la senda
los dos lleguemos.

¡POBRE HERMOSURA!

Á ENRIQUE GAERTNER.

I.

Palacio que presenta
rica portada,
y medrosas y frias
son sus estancias.

Medallon delicado
donde se engarzan
diamantes contrahechos
y perlas falsas.

Esto tan solamente
es la mujer ingrata
que siendo muy hermosa
no tiene alma.

II.

Magnífico volúmen
con ricas tapas,

cuyas pulidas hojas
no dicen nada.

Búcaro primoroso
en que se guardan
muertas flores sin jugos
y sin fragancia.

¡Qué pobre es la hermosura
de la mujer sin alma,
que ni siente ni llora,
ni piensa ni ama!

¡ACUÉRDATE! (1)

Á EDUARDO PALANCA.

Si orgulloso al mirar como tu brazo
 sujeta servilmente
 al gran pueblo francés que en otros días
 se levantó potente,
 y en sus viejos cimientos
 conmovió las antiguas monarquías;
 si alienta tu arrogancia
 creyendo que tu espada dicta leyes
 de uno al otro hemisferio,
 porque ves á los hijos de la Francia
 que sucumben al peso de tu imperio;
 si te ofusca la luz de las ideas
 que en España predica el hombre libre;
 si sofocar deseas
 la hoguera que en mi pátria se levanta...
 torna la vista al comenzar del siglo,

(1) Fue escrita esta composicion el año 1869, quando se atribuia á Napoleon III el propósito de venir á intervenir en los asuntos de nuestra pátria.

y allí verás del modo que este pueblo
sabe guardar su independencia santa.

Abre el libro sangriento de tu historia,
y en él verás la huella
del soberbio león de las Españas,
que en recientes campañas
oscureció la gigantesca gloria
y el guerrero abolengo
del soldado invencible
en Austerlitz, y en Jena, y en Marengo.

Acuérdate del pueblo que cien veces
en desigual pelea,
dando al viento sus bélicos pendones,
arrostró valeroso
por defender su libertad bendita
el fuego destructor de los cañones.

Acuérdate del pueblo que sin armas,
con el nudoso palo
y con la corba hoz del campesino
conjuró su destino,
cegando los laureles
de los que recorrieron victoriosos
el Egipto y las Rusias
al rápido volar de sus corceles.

Acuérdate de aquellos que legaron
el nombre de Bailen á las edades;

de los que en Zaragoza se ciñeron
tan fúlgida corona;
de los que asombro de la Europa fueron,
luchando cual los héroes espartanos
en los ruinosos muros de Gerona.

Acuérdate del pueblo que sumido
en tétrico desmayo,
se alzó por su perdida independencia
el día Dos de Mayo.
No olvides que la sangre de esos héroes
en nuestras venas arde;
que aun todavía altivo nos alienta
el arrogante espíritu sublime
que agigantó á Daoiz y á Velarde.

No olvides que el estrago de aquel día
vive en el pensamiento
de los valientes de la pátria mia.
No olvides que el vapor de aquella sangre,
que el invasor maldito
hizo verter con rencorosa saña,
aun flota en los espacios,
alzándose hasta el cielo en roja nube
que perfuma la atmósfera de España.

Mas, si quieres seguir en tu política
de desaciertos llena,
y dominar á España como el hombre
que pagó su locura

en el negro peñon de santa Elena...
remueve tus legiones,
seguro de encontrarnos frente á frente;
que aunque lo recibió traidoramente,
el pueblo de Castilla
aun no ha lavado el bofeton antiguo
que mancha y que enrojece su mejilla.

Si mirando á mi pueblo dividido
en luchas intestinas,
quieres en tus locuras
sujetar al leon embravecido
que lucha por romper sus ligaduras;
si pretendes que el águila triunfante
vuelva á cruzar sobre la hispana tierra...
¡sueñas Napoleon! Arroja el guante
y verás como España lo levanta,
dando al viento los ecos vibradores
de las sonoras trompas de la guerra.

Que si al fin, ambicioso, te decides
á encender en mi pátria nuevas luchas,
y en moderna conquista
tus águilas tremolas,
hallarás al cruzar los Pirineos,
enfrente de la enseña imperialista
nuestras libres banderas españolas.

Y no pienses que al reto que nos lances
responderá un partido solamente;

que aquí fraternalmente,
 como ya lo ha probado la experiencia,
 ante el honor ibero
 se unen todos, si ven que un extranjero
 amenaza su altiva independencia.
 Que al llegar ese instante España olvida
 sus luchas interiores,
 y se estrechan amigas nuestras manos;
 que en tocando á la Pátria, solo existen
 españoles no mas: ¡todos hermanos!

REDENCION DEL ALMA.

Yo quiero que mi espíritu se eleve
y que cruce el espacio en libertad,
dejando la envoltura miserable
que vil polvo será.

Huyendo de esta cárcel donde solo
hay tristes desencantos que llorar,
yo quiero que mi alma se trasporte,
á otro mundo ideal.

Y si cual piensan los que nada creen,
es cierto que no existe un mas allá,
en brazos de la muerte dormir quiero...
y nunca despertar.

¡COSAS DE LA GUERRA!

Á ANTONIO QUESADA Y SANCHEZ-PLEITÉS.

I.

Violentando la fé de mi conciencia
me sacan de mi pueblo,
y me dan un fusil para que corra
á descargarlo en fratricida empeño;
y alegres me despiden... las campanas
echando á vuelo.

En la plaza mi madre me detiene,
y con santo respeto,
un relicario de la Virgen pura
pone á mi cuello;
y al decirle ¡adios, madre! llora y grita
¡ya no volveré á verlo!

La amada de mi alma, en los balcones
de su humilde aposento,
suspira con dulzura y me despide
agitando un pañuelo,

mientras sus lábios trémulos me envían
apasionados besos.

Salgo al camino con el alma triste;
al camposanto llego;
busco la tumba de mi anciano padre...
y me descubro, y rezo;
y al irme dejo en cruz la áspera rama
de un ciprés verdinegro.

II.

Al año, la licencia en un canuto,
mutilado y enfermo,
al divisar la torre de mi aldea
mis lágrimas corrieron,
porque sentí que roncás sus campanas
doblaban por un muerto.

Pregunto por mi amada y por mi madre
á algunos jornaleros
que con el alba á las cercanas eras
se dirigen contentos...
mas no responden, y me miran tristes,
y siguen en silencio.

Con siniestras ideas en la mente,
y el corazón con miedo,

busco, al pasar, la tumba que conserva
de mi padre los huesos,
¡y ni una cruz tan solo se levanta
en el sagrado suelo!

Que allí tambien el ángel de la guerra
en su carro sangriento
cruzó impuro, aventando las guardadas
cenizas de los muertos,
y arrasando las flores y las cruces
del pobre cementerio.

Prosigo, y en la plaza, entre girones
á mi madre me encuentro,
pidiendo una limosna á los que pasan
con tono lastimero.
¡Reconoce mi voz... mas no me mira!
¡Sus ojos están ciegos!

Beso su frente, y abrazado á ella
adelanto resuelto...
y sigo mi Calvario, aun mas horrible
desgracia presintiendo,
deseoso de apurar toda la copa
del amargo veneno.

Al fin penetro en la anhelada calle,
y con espanto veo

brillar en los balcones de una casa
funerarios reflejos.
¡De allí me despidieron con suspiros
y lágrimas y besos!

Los vecinos se apiñan á la puerta.
Los padres lloran dentro.
¡Mi amada ya no existe! ¡Aquellos toques
anunciaban su entierro!—
Su cuerpo estaba entre los cuatro cirios...
y su alma en el cielo.

PARA TÍ.

Para la flor el rocío;
la libertad para el viento;
el murmullo para el río;
y para tí mi albedrío
y mi libre pensamiento.

Para el jardín son las flores;
para la noche la calma;
para el triste los dolores;
y para tí los amores
purísimos de mi alma.

Son las plegarias fervientes
para endulzar la aflixion;
el rugir de los torrentes;
y para tí los ardientes
latidos del corazón.

Para el niño es la alegría;
para el diamante la roca;

para el pobre la agonía;
y para tí, vida mía,
los suspiros de mi boca.

Para el ciego es el dolor
de la claridad perdida;
es para el alma el amor;
y para tí la mejor
esperanza de mi vida;

ITALIA. (1)

I.

¡O muerte ó libertad! gritan los bravos
ardientes hijos de la libre Italia;
y ansiosos de alcanzar su independencia
contra sus opresores se levantan.

¡O muerte ó libertad!—Ese es el grito
que en noble fuego el corazon inflama,
y que ensordece con sus ecos santos
del tirano opresor las amenazas.

Ese es el grito que entusiasta vibra
en ciudades, campiñas y montañas;
ese es el grito del que altivo quiere
perder la vida por salvar la pátria.

Ese es el grito que á la vieja Europa

(1) Esta composcion la escribí en 1859, y tuve la fortuna de que fuera traducida al italiano y al francés, y publicada en los periódicos de ambas naciones.—Reciban la expresion de mi gratitud los inspirados poetas que hicieron la traduccion de este canto.

un camino glorioso le señala;
ese es el grito que despierta al mundo
del estúpido sueño que le embarga.

II.

Al fuego de su santo patriotismo
el pueblo italiano se agiganta,
para arrancar su codiciada presa
á las soberbias águilas del Austria.

¡Cuándo llegará el día en que otros pueblos,
conociendo su fuerza soberana,
contra la impura frente de los déspotas
estrellen sus cadenas funerarias!

¡Cuándo llegará el día en que se borren
las lindes de naciones ilustradas,
levantando el altar de su derechos
la pobre humanidad desheredada!

¡Cuándo, reunida en apacible grupo,
olvidando pasiones insensatas,
sin haber opresores ni oprimidos
será dichosa la familia humana!...

III.

A los roncós clarines de la guerra

y al hórrido crugir de la metralla,
muy pronto sobre el campo de la gloria
flotará la bandera italiana.

Y ese pueblo, que lucha porque quiere
romper el yugo que su frente infama,
enseña á las naciones oprimidas
que mas vale morir que ser esclavas.

De esa nacion que ofrece por ser libre
la sangre de los hijos de su alma,
sigamos el ejemplo generoso,
aunque hallemos la muerte en la demanda.

Que el pueblo que se duerme en la cadena,
insensible á los gritos de la pátria,
ni es digno, ni es valiente, ni es honrado...
ni reconoce á Dios, ni Dios le ampara.

DIOS LO SABE.

Soñé que me hallaba loco,
y que me encontraba en paz.
¿Si para vivir tranquilo
la razon estorbará?

Yo no se si la razon
es la causa del penar;
pero se que el que mas piensa
es aquel que sufre mas.

Unos en sus celdas viven,
y otros por el mundo van:
jaula por jaula... ¡Dios sabe
el que mejor vivirá!

EL COMBATE DEL CALLAO.

Á JOSÉ LUCIANO MIRANDA.

I.

Acállense las pasiones
y el fuego de los partidos,
que agita en rudos latidos
de rencor los corazones.
A mas nobles emociones
hoy se eleve el pensamiento;
vibre inspirado conceso
de la Marina en memoria,
y broten himnos de gloria
al fuego del sentimiento.

Si hoy nos abrasa la tea
de la discordia fatal,
y su carro funeral
por nuestra pátria pasea;
si por do quier nos rodea
luto, miseria y espanto,
sequemos un punto el llanto
y respiren nuestros pechos,

hoy que renacen los hechos
de Trafalgar y Lepanto.

Hoy la Marina, crisol
de patriotismo ferviente,
hace que brille potente
el noble pueblo español.
Y bajo el ardiente sol,
en apartadas regiones,
al desplegar sus pendones
en fiera y gigante hazaña,
dice lo que vale España
con la voz de sus cañones.

II.

Cambiando nuestros destinos
otro porvenir augura
la incomparable bravura
de nuestros bravos marinos.
Por intereses mezquinos
del oscurantismo artero,
Chile maltrató con fiero
desden nuestro pabellon...
y hoy somos admiracion
y envidia del mundo entero.

Honor á los campeones
que obtienen, de gloria en pos,
con el amparo de Dios,

del pueblo las bendiciones.
Nuestros libres corazones
eleven votos fervientes
por ellos, y reverentes
tejamos en dulce calma,
con ricas flores del alma
coronas para sus frentes.

En sus rigores insanos,
en su constante inquietud,
reciban la gratitud
y el llanto de sus hermanos.
Que si ellos, en sobrehumanos
combates labran sus glorias,
todos en dulces memorias,
de amor nuestras almas llenas,
sabemos llorar sus penas
y celebrar sus victorias.

III.

Héroes de la pátria ibera,
que en la desigual batalla
al crugir de la metralla
tremolais nuestra bandera:
seguid la triunfal carrera
que vuestro esfuerzo corona;
y pues la fama pregona
lo que sois, que en adelante
nuestro pabellon triunfante
respeten de zona á zona.

Oiga el Perú, si ha creído
al leon de España insultar,
sobre el rugido del mar
su poderoso rugido.
Y vea, que si dormido
se encontraba el leon ibero,
hoy al insulto extranjero
se despierta en son de guerra,
y pone sobre su tierra
las duras garras de acero.

Conozca el mundo tambien
el fuego que nos inspira,
hoy que insultante nos mira
con soberano desden;
pues los héroes que se ven
sobre el Callao triunfantes,
sabrán vencer arrogantes,
si nuevos retos se escuchan,
á esa nacion con que luchan,
y á otra nacion de gigantes.

IV.

Cerrad pronto la campaña,
héroes de la pátria fieles,
que os aguardan los laureles
de los jardines de España.
Dejad esa tierra extraña,
aquí vuestros ojos fijos;

porque os llaman con prolijos
afanes, padres y amor...
y el perfume arrobador
del beso de vuestros hijos.

Mártires, que al estallar
de la metralla que zumba
encontrais gloriosa tumba
en los abismos del mar:
por vuestras almas rogar
en santa plegaria anhelo;
mas solo por el consuelo
de llorar vuestra memoria...
que el que muere por la gloria,
no muere, conquista el cielo.

Ya España, por el ardor
de los marinos constantes,
sobre escombros humeantes
ha levantado su honor.
Admiremos el valor
que nuestro nombre acrisola.
¡Gloria al pendon que tremola
en los mares peruanos!
¡Honor á nuestros hermanos
de la Marina española!



RUINAS,

Las ruinas de este castillo
son tristes, mas nõ me espantan;
que son mucho mas medrosas
las ruinas de mi alma.

Ruinas que un tiempo fueron
de mi ventura el alcázar,
donde hoy yacen las cenizas
de mis muertas esperanzas,

Ruinas donde tan solo
un murallon se levanta,
en que dejó el desencanto
esta sentencia grabada:

«La ventura en este mundo
es impalpable fantasma;
regocijo de un instante;
flor que vive una mañana,
y enferma con el rocío
amargo de nuestras lágrimas,»

LO QUE YO QUIERO.

Á PEDRO MUÑOZ Y VALLE.

Yo, que en acerba agonía
lloro el triste sacrificio
de la pobre pátria mia,
á quien todos á porfia
empujan al precipicio:

Deseo en mis aflixiones,
que acaben tantas traiciones,
tanto error... tantas venganzas,
que secan las esperanzas
en todos los corazones.

Sediento de libertad,
yo quiero moralidad,
que en sí la ventura lleva.
Yo quiero... una cosa nueva;
pero que sea verdad.

Sin ruindad y sin doblez,
yo quiero ver si se inicia

un sistema alguna vez,
que lo inspire la honradez,
el pundonor, la justicia.

Que el vil rencor apaguemos;
que no haya luchas malditas,
ni despotismos que odiamos...
mas, que todos respetemos
las leyes que estén escritas.

Al vuelo de ilustracion,
yo quiero que la razon
contra la fuerza se vuelva,
y que todo lo resuelva
la luz de la discusion.

Que, al estrecharse las manos,
nuestra sociedad recobre
sus sentimientos humanos,
y se abracen como hermanos
lo mismo el rico que el pobre.

Hoy que la esperanza muere,
quiero que de aquí se aparte
la discordia que nos hiere,
y que el comercio prospere,
y que se agigante el arte.

En mi entusiasmo, yo quiero
que se abra en ancho venero
la agricultura perdida;

que haya calor... que haya vida
en el taller del obrero.

Y que el génio de la guerra
que hoy á los pueblos aterra,
haga fundir sus cañones
en hoces y en azadones
para cultivar la tierra.

Buscando triste renombre;
no quiero que España asombre,
ni alce en bélicas proezas
cuarteles y fortalezas
para ametrallar al hombre;

Mas quiero que mis hermanos,
buenos, dóciles y humanos,
con sus instintos morales
funden muchos hospitales
para los pobres ancianos.

En mi aspiracion sincera,
quiero una paz duradera.
Que el pais vuelva á su centro;
que nos respetemos dentro
y que nos respeten fuera.

Santificando el trabajo;
quiero que una ley se escriba
que arranque el error de cuajo;
que no haya presion de abajo,
ni haya crímenes arriba.

Quiero que el error concluya;
quiero que radiante vibre
la luz, y la sombra huya;
quiero que el hombre se instruya
para que sepa ser libre.

Diluvios de libertad,
que con sublime bondad
ahoguen los resentimientos,
y remuevan los cimientos
de esta vieja sociedad.

Que al fin la duda se incline
ante la fé que acrisola.—
Para que el duelo termine,
quiero que Dios ilumine
á la nacion española.

EN EL MISMO SITIO.

Hace poco en este sitio
me escuchaba indiferente,
la que hoy con amor me mira
y mi ternura comprende.

Ayer las luces opacas
de un recuerdo que perece;
hoy los vívidos reflejos
de una hoguera que se enciende,

Entonces frío en el pecho;
ahora latidos ardientes;
aquella tarde tristezas;
ahora ilusiones celestes,

Entonces místicas las flores
estaban, y tristemente
piaban los pajarillos
en las higueras silvestres.

Ahora las flores me envían
el rico aroma que tienen,

y las aves me saludan
con sus cantares alegres:

Ayer recelos, y amargas
negras fatigas de muerte;
hoy regocijos é ideas
que mi espíritu ennoblecen.

Así escribí en aquel sitio,
con su recuerdo en la mente,
pidiendo á Dios que si sueño
del sueño no me despierte,
hoy que las dudas se van
y las esperanzas vienen.

EL HIJO DE LOS CAMPOS,

Á ARTURO LENGÓ.

Mecieron mi pobre cuna
las brisas de la montaña,
y en miserable cabaña
se deslizó mi niñez.
Yo no tengo un nombre altivo
que su grandeza pregona;
mas ostento una corona
de inmaculada honradez.

Yo soy pobre, y mi pobreza
en mis plegarias bendigo;
quiero mas bien ser mendigo
que tiránico señor.
No me guarda blando lecho
entre perfumes suaves;
pero me aduerme las aves
con trino acariciador.

No arrastro de la soberbia
los harapientos girones,

á los inmundos salones
de impúdica bacanal;
pero recorro los campos
de la luna á los reflejos,
y vivo dichoso, lejos,
lejos de la sociedad.

Yo no avergüenzo al caído
con altivez prepotente;
pero sirvo humildemente
al que es mas pobre que yo.
No tengo poder, no tengo
dominación opresora;
pero consuelo al que llora
con todo mi corazón.

De la impura cortesana
yo la acaricia no aspiro;
que enamorado suspiro
en mi ardiente juventud,
por una mujer que envuelve
el velo de la inocencia,
perfumado con la esencia
de la flor de la virtud.

No habito soberbio alcázar,
cuya grandeza mentida
pierde al hombre si se olvida
de la grandeza de Dios;
mas tengo, por él creado,
para endulzar mis dolores,

el perfume de las flores,
libre espacio... puro sol.

Con el poder sueñan muchos,
y muchos con la fortuna;
y todos corren tras una
soñada felicidad;
mientras yo, sin ambiciones
soy feliz... y todo eso
no lo cambio por un beso
de cariño maternal.

A los verdugos que al pueblo
azotaron sin clemencia,
los asusta la conciencia
con su grito acusador;
mientras yo en mis soledades
vivo dichoso y en calma,
sin torturas en el alma,
sin miedo en el corazón.

Porque mecieron mi cuna
las brisas de la montaña,
y en miserable cabaña
se deslizó mi niñez;
porque si no tengo un nombre
que su grandeza pregona,
cambio en cambio una corona
de inmaculada honradez.

EL CLAUSTRO Y EL SIGLO.

Á ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

Unas pasan la vida
entre el rezo, el cilicio y el ayuno,
sin familia y sin patria,
detrás de rejas y de fuertes muros.

Otras, dentro del siglo,
forman de la familia el santo nudo;
y en las amargas horas
son amparo y consuelo de los suyos.

¿Cuál á Dios mejor sirve?
¿La que huye y se aísla en su refugio,
ó la que lucha y sufre
los tremendos embates de este mundo?

¡ADELANTE, JUVENTUD!

Á FRANCISCO PALANCA ASENSI.

I.

No era la fé ni la ciencia;
y era el hombre en tal estado,
cadáver galvanizado
sin razon y sin conciencia.
Cegada la inteligencia,
de toda virtud desnuda,
la humanidad torpe y ruda
se arrastraba á su calvario,
arropada en el sudario
de la ignorancia y la duda.

Cumple el hombre su destino;
y al ir de su sino en pos,
un hombre, imágen de Dios,
cae en medio del camino.
El sentimiento es mezquino,
son pobres las voluntades,
y á nadie mueve á piedades

su triste suerte precaria,
porque es el caído, el Párida
de las primeras edades.

II.

El hombre mas vuelo toma.
Siente mas sangre en sus venas.
¡Ya es vil Esclavo en Atenas!
¡Ya es mísero Esclavo en Roma!
Otro porvenir asoma
tras su pasado de horrores.
Ya lo juzgan sus señores
cual hombre, y puede servir
¡cuánto honor!... para morir
ante los Emperadores.

Ya es digno el Esclavo ¡impíos!
de ir al Circo con las fieras:
ya es digno de las panteras,
de los leones bravíos.
Ya puede mostrar sus brios
en campañas sobrehumanas,
y dar sus carnes livianas
á las fieras destructoras,
porque diviertan sus horas
las meretrices romanas.

III.

Tras muchos siglos de males,
pasan los tiempos esquivos,
y se levantan altivos
los alcázares feudales.
Yacen rotos los dogales;
pasa la feroz tragedia,
y el yugo tanto no asedia;
que inspirando mas respeto,
está al terruño sujeto
el Siervo de la Edad-média.

Y sufre el hombre sencillo
con la frente avergonzada
el derecho de pernada
y la horca y el cuchillo.
Empañado el puro brillo
de sus mas castos amores,
vive una vida de horrores
y de afrentosas bajezas,
por las torpes impurezas
de sus impuros señores.

IV.

Pero se hace la explosion;
el hombre siente una idea,
y su conciencia golpea

las puertas de su razon.
Su ropage de abyeccion
cae desgarrado en girones;
ve un mundo de perfecciones,
y virilmente se forma
con la savia que trasforma
las nuevas generaciones.

Arde el fuego sobrehumano
que en su mente germinaba:
el que Siervo se arrastraba
se levanta Ciudadano;
y con poderosa mano,
de la justicia en el nombre,
traza porque al mundo asombre,
ardiendo en sublime llama,
el generoso programa
de los derechos del hombre.

V.

Mas... ¿cuál fué la inspiracion
que arrancó al pueblo la cruz,
y con torrentes de luz
llenó su imaginacion?
¿Cómo fué la redencion
de la triste humanidad?
¿Qué potente voluntad
prestó á los hombres alientos
para mover los cimientos
de la vieja sociedad?

La constancia y la virtud
conjuró nuestros destinos,
abriendo nuevos caminos
con tierna solicitud.
En ellas la Juventud
hoy funda su aspiracion;
y se asocia, y con teson
trabaja y destruye el vicio,
coronando el edificio
de la Civilizacion.

PIENSA EN MÍ.

Por la tierna constancia de sus madres
los pajarillos viven abrigados;
con los besos del sol y de las brisas
viven las flores; con la pena el llanto.

Porque piensa en el cielo de su patria
vive bajo otro cielo el desterrado;
con la esperanza de ganar la orilla
entre las olas se defiende el náufrago.

Porque espera morir vive tan solo
el que va con la cruz á su Calvario;
y al caminante animan los reflejos
que entre la tempestad despide el rayo.

Tu imagen, cual reliquia inmaculada,
en los altares de mi pecho guardo;
y solo porque sueño que en mí piensas,
la triste vida por el mundo arrastro.

LUZ Y SOMBRA.

AL DOCTOR D. J. B. HIJAR Y HARO.

—Yo tengo la fuerza, y tengo
el poder y la fortuna;
yo desprecio la miseria
desde mi altura.

Tengo placeres y esclavas
cuyos amores me buscan;
soy poderoso, soy fuerte...
todos me adulan.

Mío es el mundo, que es mío
todo lo que me circunda;
yo tengo la fuerza, y tengo
el poder y la fortuna.

—Tú eres la soberbia, y yo
soy mas que tú: yo soy hombre!
y mi dignidad ostento
entre girones.

Tú tienes poder y esclavas
que te vendan sus amores;
pero ¿y tu madre, tus hijos
dónde están, dónde?

Esa ventura inefable
tu corazón desconoce;
que eres la soberbia, y yo
soy mas que tú: yo soy hombre!

—Si yo no tengo familia,
tengo esclavos, que sumisos,
obedientes se doblegan
á mis caprichos.

—¡Esclavos!... ¿y tú, qué eres,
sino un esclavo maldito
de tus mezquinas pasiones
y de tus vicios?

—Tengo amores y riquezas,
y placer y poderio...
—Pues todo eso no vale
una caricia de un hijo.

—En opulentos palacios
mi vida corre dichosa,
entre el vapor de la orgía
fascinadora.

—El trabajo dignifica,
y trabajar es mi gloria;
Dios trabajó, y por nosotros
murió en el Gólgota.

—Yo soy poderoso y fuerte,
y gozo con el que goza.
—Yo sufro con el que sufre,
y lloro con el que llora.

—En las tinieblas los pueblos
van caminando perdidos,
y su ignorancia sostiene
mi poderio.

—Los pueblos se regeneran
con el estudio bendito,
de las ciencias avanzando
por el camino.

—Yo quiero ver á los hombres
esclavos envilecidos.
—Y yo los quisiera libres
como el aire que respiro.

—Yo soy dichoso mirando
las naciones intranquilas,
disputándose sus leyes
y sus doctrinas.

Yo gozo con el estruendo
de la guerra y su agonía.
—Yo ansío la paz, y por ella
diera la vida.

Que es mi anhelo hacer del mundo
una sola patria digna,
fundiendo á la humanidad
en una sola familia.

—¿Y quién eres tú, que altivo,
miserable me apostrofás?
¡Sabes quién soy, lo que puedo,
y me provocas!

—Tú eres un error que mata
la ilustracion poderosa;
yo una verdad que sublime
del cielo brota.

Tú eres zizaña infecunda;
yo semilla bienhechora.
Somos... ayer y mañana;
yo soy la luz, tú la sombra.

DESALIENTO.

Á ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI.

Yo abandoné los puertos de la infancia,
ajenos al dolor,
con la esperanza de vivir dichoso...
con la esperanza en Dios.

Y me lancé á los mares de la vida,
buscando con afán
virtud, laureles, y fortuna y gloria,
y amores y amistad.

Però en vano las olas espumantes
con delirio crucé,
tras el soñado puerto de ventura
que nécio me forjé.

En su agitado y fiero remolino
mi nave zozobró;

y el sùcio fango de sus negras aguas
mi frente salpicó.

Y á la orilla del mar de las pasiones,
do vine á naufragar,
comprendí que los sueños de la vida
son sueños nada mas.

Por eso á las imágenes soñadas
mi alma se cerró,
como cierra al rugir de la tormenta
sus pétalos la flor.

EL ÁNGEL DE LA LIBERTAD.

I.

¿Quién eres, ángel de serena frente
que en rápido volar tiendes tus alas,
ya por el ancho cielo de Polonia,
ya por el cielo de la pobre España?

¿Quién eres tú, que á tu divino soplo
renace de los buenos la esperanza;
y ansiosos de ser grandes y ser libres
los pueblos oprimidos se levantan?

¿Por qué, lleno de amor y de ternura,
á los cielos elevas tu plegaria,
para que Dios proteja las naciones
que prefieren morir á ser esclavas?

¿Quién eres, ángel de serena frente
que en rápido volar tiendes tus alas,
y á tu sublime aspecto quiere el hombre
romper el yugo que su frente marca?

II.

Yo soy el ángel que aspiró la vida
con el soplo de Dios, bajo las ramas
del árbol de la Cruz, que está en los puros
ricos jardines de mi libre pátria.

Arbol de libertad que en el Calvario
con la sangre de Cristo se regára;
cuya tierna semilla guardo ansioso
entre la pura nieve de mis alas.

Semilla que en cosechas de ventura
debe brotar, si la fecunda el alma,
el día que se extienda por los mundos,
reuniendo á toda la familia humana.

Yo soy el ángel que aspiró la vida
con el soplo de Dios, bajo las ramas
del árbol de la Cruz, que allá en la cumbre
del Gólgota sagrado se levanta.

LOS MISERABLES.

Á JERÓNIMO PALMA.

Los que no corresponden
 ingratos al favor que recibieron;
 los que llenos de envidia
 sufren mirando el beneficio ajeno;
 los que nunca trabajan;
 los que son iracundos y soberbios;
 los hipócritas viles
 que engañan á su prójimo y al cielo,
 cual los que Jesucristo
 á latigazos arrojó del templo;
 los que en el vil tugurio
 y en la taberna infame siempre vemos;
 los que hacen de la usura
 desvergonzado é inmoral comercio;
 los que al carro del vicio
 cual míseros esclavos van sujetos...
 ¡ay! dime si son hombres
 ó malditos abortos del infierno.

EL MUNDO MARCHA.

Loco llamaban á Cristo,
los que le crucificaban;
y por loco á Galileo
en la Inquisicion maltratan,
cuando afirma que la tierra
se mueve bajo su planta.

Por loco pasó Cervántes,
y hoy su nombre honra á la pátria;
y á Colon juzgaban loco,
porque en su tenaz constancia
un nuevo mundo en la esfera
con el compás señalaba.

Cuando la ciencia y el génio
sobre el error se levantan,
¿quién puede saber, en vista
de las lecciones pasadas,
si la utopía de hoy
será la ley de mañana!

SANTO DOMINGO,

Á FRANCISCO DEL PINO.

No quisiera ocuparme de esa estéril
 campaña que sostienen mis hermanos
 por vindicar el nombre
 de su pueblo querido,
 juguete de un partido
 que á temeraria empresa le conduce
 por la funesta ceguedad de un hombre.
 No quisiera ocuparme de esas luchas
 cuyo fin desastroso y humillante
 la experiencia nos dice;
 luchas que empequeñecen á los pueblos,
 contrarias al espíritu del siglo
 que las conquistas de la paz bendice.

Mas un eco de angustia que doliente
 resuena entre las olas,
 y que rompiendo las marinas brumas,
 flotando en las espumas
 se extiende por las playas españolas...

hace que mi cansado
plectro abandone su medrosa calma
y que vibre las cuerdas de mi lira,
porque el triste gemido de los mares
hace vibrar las cuerdas de mi alma.

Soy español, y quiero
en alas de mi pobre fantasía
alzarme hasta la gloria
de rendir un tributo á la memoria
de los guerreros de la pátria mia,
que en las arenas de la zona ardiente
llevan á cabo colosal hazaña,
dando su sangre porque honrado vuelva
el pabellon de su querida España.

Hélos allí.—Bajo el nutrido fuego
de los dominicanos,
al fúnebre crujir de los cañones,
el valor no se humilla
de los bravos leones
que sostienen la enseña de Castilla.
Bajo el azote horrible
del clima destructor nada le espanta;
porque el soldado ibero
en alas del peligro se agiganta,
y en su puesto sucumbe
mártir de su deber de caballero.

Le repugna la lucha que sostiene;
comprende su injusticia, y bien conoce

que aquella pura sangre
que enrojece los bosques del lejano
confin que el sol con su grandeza baña,
es un aborrecido
sacrificio infecundo,
que triste llora la valiente España,
y que censura con horror el mundo.

Allí el hijo potente de la guerra,
que sereno arrostrando
la aterradora furia de los mares,
con un laurel soñando
dejó la calma de sus pátrios lares,
al aspirar la brisa
que en su escondido seno
lleva letal veneno
que recogió en la fétida laguna,
el pobre peregrino
en vez de su fortuna
toca el rigor de su nefanda suerte;
y pasa de los brazos de la vida
al descarnado seno de la muerte.

Si despues del fragor de la pelea
apártase del campo,
huyendo sus horrores,
y descubre su vista en la espesura
ansiado lecho de menudas flores...
tambien allí le alcanza
la escondida venganza
que le reserva la traicion impia,

trocando sus ensueños de ventura
por el sueño fatal de la agonía.

Y esos que en los ardientes
bosques americanos
encandecen sus frentes
con la triste corona del martirio...
son padres, son hermanos,
de lealtad crisoles,
que sucumben volviendo su mirada
á los lejanos puertos españoles.

Son españoles, que al feroz rugido
que lanza al despertar el león ibero,
tremolan con potente bizzarria,
cubierta de laureles y de sangre,
la noble enseña de la patria mia.
Enseña que en la fúnebre jornada
alzarán á la altura
del soberbio blason que la blasona,
aunque hallen sepultura
nevando con sus huesos
la ardiente arena de la ardiente zona;
sin pensar que su sangre,
vertida en el lejano
confin que el sol con su grandeza baña,
es un aborrecido
sacrificio infecundo,
que triste llora la valiente España,
y que censura con horror el mundo.

BESOS DEL ALMA.

(De Víctor Hugo.)

De las que brota
su fértil parra
á comer uvas
me fuí con Laura.

Ella, en el huerto
ligera salta,
y con sus manos
coge las ramas.

Yo, tras las ondas
que hace su falda,
su pié acaricio
con mis miradas.

Pero la niña,
avergonzada,
dice á mis ojos
callad... y callan.

Despues, riyendo,
el fruto agarra
entre sus lábios
de pura grana.

Y aquel racimo
¡ay! me lo cambia
por un ardiente
beso del alma.

GLORIAS DE ESPAÑA.

I.

Rodrigo, por la incitante
hermosura de la Kaba,
con el cetro y la corona
perdió la vida y la patria.

Y en el túbio Guadalete
se hundió la Cruz, humillada
por el empuje bravío
de las lunas africanas.

Pero el valiente Pelayo,
desde las libres montañas
de Santander y de Asturias
tremoló su enseña santa.

Y al fiero potente grito
de ¡libertad y venganza!
en Covadonga principia
la restauracion de España.

II.

Ruedan los siglos marcando
tantas glorias, y tan altas,

que en el mundo no hay cantores
suficientes á cantarlas.

Los Ramiros en Alvelda,
y en Logroño y en Simancas;
en Uceda y en Madrid
don Fernando el de Navarra;
Alfonso el Bravo en Toledo;
y en la sangrienta jornada
de las Navas de Tolosa
don Alfonso el de las Navas...
logran domar, en gigantes
y poderosas batallas,
con la Cruz del Redentor
á las lunas musulmanas.

III.

En Covadonga se emprende
la reconquista de España:
¡loor á Isabel primera
que la concluye en Granada!

Siete siglos de combates
pudo sostener mi pátria,
y Dios, por Colon, le otorga
un mundo por su constancia.

En México Hernan Cortés
nuestra bandera levanta;
la misma que luego ondea
bajo el cielo de la Italia.

Y, con asombro del mundo,

Cárlas quinto de Alemania
sabe humillar en Pavía
la soberbia de la Francia.

IV.

¡Lepanto!.. Día glorioso
cuyo recuerdo entusiasta
conservan los españoles
en lo profundo del alma.
Allí luchó el poderoso
guerrero don Juan de Austria,
y el gran Cervántes; orgullo
de las letras castellanas.

¡Quién cantára dignamente
las colosales hazañas
que domaron la fiera
de las turbas otomanas!

V.

Hay un nombre en nuestra historia
regado con muchas lágrimas;
glorioso desastre, hijo
de una traidora acechanza.

¡Trafalgar!... ¡Cuánta grandeza
simboliza esta palabra!

¡cuántos sublimes recuerdos!
¡cuánta gloria... y cuánta infamia!

Con la sangre de los héroes

se enrojecieron las aguas...
¡honor para los vencidos!
para los traidores, lástima.

VI.

Al grito de ¡independencia
y libertad y venganza!
rompe el leon español
las cadenas que le infaman.

Y en las calles de Madrid,
y en las agrestes montañas,
y en Bailen y en Zaragoza,
al crujir de la metralla,
los nietos del gran Pelayo
con fiera se levantan,
cortando el vuelo atrevido
á las águilas de Francia.

VII.

No hace mucho que en reñida
desventajosa campaña,
arrollamos la bravura
de las panteras del Africa.

Regadas con sangre fueron
sus llanuras y montañas;
sangre que brotó laureles
para el altar de la patria.

Muchos cuerpos se quedaro.

insepultos en las playas;
mas el soplo de la gloria
al cielo llevó sus almas.

VIII.

Pero de tanta fiereza,
de tan heróicas hazañas,
¿qué resta á la pátria mia?
¿qué resta á mi pobre pátria?

Ayer señora del mundo,
hoy del mundo despreciada,
solo vive de recuerdos,
de recuerdos y esperanzas.

Si un rayo de sol disipa
la sombra de la ignorancia,
y á su perdida grandeza
algun dia se levanta;
si el leon desecha el sueño
estúpido que le embarga,
y sacude su melena
por la soberbia erizada;
si al cabo los pueblos rompen
sus cadenas funerarias...
esa será la mas grande
de las glorias de mi España.

SUEÑOS.

La luna baña su rostro;
la emocion mueve su seno;
su mano oprime la mia;
brillan sus ojos de cielo.

Sus suspiros se confunden
con los que exhala mi pecho,
y sobre mi rostro caen
las trenzas de sus cabellos.

Su aliento, esencia del alma,
se confunde con mi aliento...
y el aire lleva en sus giros
la melodía de un beso.

A soñar con la que amo
á esta soledad me vengo.
¡Pobre de aquel que se alegra
con la mentira de un sueño!

EL PROSCRIPTO.

I.

Yo era feliz, yo tenía
libertad, familia, patria;
hoy errante por el mundo
vuela mi alma.

Yo era feliz con la pura
trasparencia de mi cielo;
yo era feliz con mis hijos,
y con sus besos.

Yo era feliz en los brazos
de mi esposa idolatrada;
yo era feliz con la madre
de mis entrañas.

Yo era libre, y ahora riego
mis cadenas con mi llanto.
¡Dios ampare la familia
del desterrado!

II.

Cual leve grano de arena
que el viento furioso arrastra,
me empuja fria la mano
de la desgracia.

Y cruzo pueblos y pueblos
á mi pena indiferentes;
pueblos que miro... y me miran
sin conocerme.

Y las familias se agrupan
en sus chozas solitarias;
y yo vivo sin familia
y sin cabaña!

Yo vi un hombre, cariñoso
besar la frente de un niño;
yo, desterrado, !no puedo
besar mis hijos!...

III.

Yo vi á la Italia romper
sus cadenas opresoras
al eco de sus valientes
himnos de gloria.

Yo he visto que al raudó soplo
de la ilustracion sublime,
las naciones se levantan
grandes y libres.

Yo en mi camino escuché
á los tribunos del pueblo
defender sus dignidades
y sus derechos.

Por todas partes admiro
la libertad y la dicha;
solo yo vivo... muriendo
sin mi familia.

Solo yo, pobre proscrito,
sin ver el sol de mi pátria
debo llorar, murmurando
una plegaria.

LOS SEGADORES.

Á MANUEL QUESADA Y SANCHEZ-PLEITÉS.

Cuando el sol del estio
dora la espiga,
bajan los segadores
á la campiña.
Y aunque dejan sus pueblos
y su hogar santo,
¡qué contentos que vienen
hácia el trabajo!

Ya se acabó la siega,
y hácia los montes
silenciosos se vuelven
los segadores.
Y aunque allí les esperan
mujer é hijos,
van tristes... ¡que el trabajo
se ha concluido!

¡DEJADNOS EN PAZ!

I.

¿Quién es el que vibra osado
los clarines de la guerra,
y abre la tumba que encierra
el cadáver del pasado?
¿Quién revuelve el apestado
esqueleto de otra edad?
¿Quién con torpe ceguedad
y con esfuerzo mezquino,
quiere torcer el camino
que sigue la humanidad?

¿Quién es el que en sus rencores,
de vano poder sediento,
alza el sudario sangriento
que cubre tantos horrores?
¿Quién incita en sus clamores
á fraticida campaña?
¿Quién es el torpe que empaña
la luz de la ilustracion,
buscando la destruccion
y la deshonra de España?

¿Quién es ese que impiamente
de Dios y pátria blasona,
porque quiere una corona
ceñir á su altiva frente?
¿Quién es ese pretendiente
que engendró el oscurantismo,
y que con nécio egoismo,
en sus locas ilusiones
alza los negros pendones
del caduco absolutismo?

¿Quién, por sus viejos errores,
nuestra calma compromete,
siendo un imbécil juguete
de ambiciosos y traidores?
¿Quién excita los furores
de esta nación sin ventura,
que en sus derechos segura
y ardiendo en sublime llama,
discute en paz el programa
de su grandeza futura?

Es el príncipe que en vano
tristes recuerdos evoca;
el que imprudente provoca
hoy al pueblo soberano;
el déspota cuya mano
ostenta hierros inmundos,
y en sus rencores profundos
quiere esclavizar al hombre,
explotando el santo nombre
del Redentor de los mundos.

II.

¿Qué satánico poder
al abismo os va empujando?
¿Por qué estais eslabonando
nuestras cadenas de ayer?
Si os llegó á desvanecer
la soñada magestad,
¿por qué en vuestra ceguedad,
confiado en la fortuna,
quereis ahogar en su cuna
nuestra santa libertad?

¿Dónde os lleva la ambicion
que ennegrece vuestros pechos?
¿Y la gloria? ¿y los derechos
de la civilizacion?
¿El grito de la razon
vuestra conciencia no inmola?
¿No pensais ni una vez sola
el peligro que arrostrais,
jugando como jugais
con la nacion española?

¿Hasta cuándo va á durar
el rigor de vuestra ira,
y la campaña que inspira
tan inmenso malestar?
¿Por qué pretendéis matar
la fé de los corazones?

¿Por qué, en vuestras ambiciones,
provocando un cataclismo,
alzais del oscurantismo
los funerarios pendones?

¿Por qué, en la fuerza fiado
vuestro orgullo fementido,
quiere dar vida al podrido
esqueleto del pasado?

¿No veis que el pueblo ilustrado
ya ve, ya piensa, ya siente,
y va pacíficamente
de su libertad en pos,
porque le ha tocado Dios
en el pecho y en la frente?

¿Y es vuestro esfuerzo mezquino
quien sujeta á la gigante
España, que va adelante
porque la empuja el destino?

¿Y osais cerrar el camino
de tantos bienes fecundos?
¿Pensais que vuestros profundos
rencores, con fuerza artera,
sujetarán la carrera
del progreso de los mundos?

¡Atrás! Que al soplo divino
de la fé y de la razon
va la civilizaci6n
en rápido torbellino.
No le opongais el mezquino

valladar que el odio crea.
¡Idos! Que el mundo no os vea
cubrir en densos crespones
con humo de los cañones
la clara luz de una idea.

¡Idos! Sin rencor ni saña
salir de España os veremos;
y nobles olvidaremos
que habeis arruinado á España.
Idos, y en la tierra extraña
ocultad vuestro baldon.
Que el cielo os dé su perdon;
y bajad al viejo osario
envueltos en el sudario
de vuestra impura ambicion.

¡Idos! Que ya se desquicia
vuestra fuerza destructora,
porque va á sonar la hora
de la paz y la justicia.
A nueva vida se inicia
mi pátria mágicamente:
ya ve, ya piensa, ya siente,
y va de su dicha en pos,
porque le ha tocado Dios
en el pecho y en la frente.

MIS DICHAS Y TUS PESARES.

Tus penas yo quisiera,
cuitada niña,
y darte en cambio todas
mis alegrías.
Pero no cambies:
mis dichas son mas tristes
que tus pesares.

LAS GOLONDRINAS.

A las que vienen.

Ya vuelan sobre el Estrecho,
mensajeras de las nieves,
mis dulces compatriotas
las golondrinas alegres.

Huyendo de los rigores
del crudo invierno se vienen:
¡yo también me vine huyendo
los rigores de mi suerte!

Llegad, que el suelo del Africa
templado asilo os ofrece;
venid á colgar los nidos
en los altos minaretes.

A las que van.

Golondrina que te alejas
de las costas africanas,

pon tu nido en mis hogares
cuando cruces por España.

Y en tu lengua misteriosa
di á las prendas de mi alma,
cuánto siente el desterrado
no acompañarte á la pátria.

Cariñosas mensajeras
de mi amor y mi esperanza,
al volar sobre los mares
Dios impulse vuestras alas.

A las que se quedan.

Vuestras hermanas alegres
de nuevo los mares cruzan,
y solitarias quedais
en vuestros nichos de plumas.

Dios guarde á las golondrinas
que encontraron pobre tumba
entre las sombrías grietas
de las mezquitas morunas.

¡Quién sabe si yo tampoco
volveré á la pátria nunca,
y tan lejos de los mios
hallaré la sepultura!

UN CONSEJO.

EN EL ALBUM DE MI AMIGA LA SRTA. ADELA GAERTNER.

I.

Tú eres, niña, el pensamiento
que entre ilusiones se mece;
yo la idea que oscurece
la nube del desaliento.

Tú eres arbusto fecundo
por el cielo bendecido;
yo rudo tronco abatido
por las tormentas del mundo.

¡Nada esperanzas me da...
y todo tu fé sostiene!
¡Tú eres un alma que viene:
yo soy un alma que va!

Tú eres joven; yo soy viejo:
no te puedo hablar de amores,
y en lugar de echarte flores,
voy á dar un consejo.

Sentiré causarte penas,
y te ruego no me riñas;
que así obsequio yo á las niñas
que son bonitas y buenas.

Pues, símbolo de inocencia,
eres tierna sensitiva;
y así me dice que escriba
á las niñas mi conciencia.

Tu planta en el suelo toca;
y buscas dichosa palma,
con la ilusion en el alma
y la sonrisa en la boca.

De tus padres al calor,
y al calor de tus hermanos,
tú no sabes los arcanos
de este mundo engañador.

Y al fuego de esos amores,
si otro amor tu pecho anhela,
es porque ignoras, Adela,
que hay lágrimas y dolores.

II.

Nace la perla escondida;
mas, por dichosa que sea,
quiere brillar y desea
otra region, otra vida.

También la flor se consume
en trasparente palacio,
porque ambiciona el espacio
inundar con su perfume.

Y la mujer, que es igual
á la perla y á la flor,
al soñar con el amor
busca otro mundo ideal.

Así corren en su anhelo
tras la dicha prometida;
que esa es la ley de la vida,
porque así lo quiso el cielo.

Mas, para hallar el fecundo
sendero de la verdad,
que hasta la felicidad
nos trasporta desde el mundo;

Deben huir las mezquinas
frases del que miente amores;
que ese terreno de flores
está erizado de espinas.

III.

Se muy bien, amiga mia,
que en tu rica juventud
la antorcha de la virtud
te va sirviendo de guia.

Se que adoras su divino
acrisolado reflejo,
y por eso te aconsejo
que sigas ese camino.

Mas, cuando los goces santos
dejes de tu infancia pura,
y penetres en la oscura
edad de los desencantos;

Cuando ya quieras perder
tu dulce paz bienhechora
y tus venturas de ahora
por las penas de mujer:

Aunque á tu pudor no cuadre,
no acaricies ilusiones
sin consultar las razones
y las canas de tu padre.

Que al ir de la dicha en pos,
Adela, yo te lo digo,
ese es el mejor amigo
que tienes despues de Dios.

EL ÚLTIMO PUERTO.

Juguete de las olas de la vida,
luchaba con afán,
viendo cual me arrastraban las corrientes
del proceloso mar.

Y ya me sumergia, recordando
la dicha que perdí,
cuando escuché una voz que dijo ¡vive,
aun tienes que vivir!

Y un brazo poderoso á los abismos
su presa le arrancó;
y el que niño embarcose... era un anciano
cuando á puerto llegó.

Y olvidando ilusiones que pasaron
cual ráfagas de luz,
inundose mi alma con purísimos
raudales de virtud.

Y comprendí que la vejez es puerto,
y puerto donde está
la nave que nos guía venturosos
hacia la eternidad.

Y recordé los días de mi infancia,
do mi alma se embarcó,
para venir al puerto de la muerte
con la esperanza en Dios.

¡VANIDADES!

Yo he visto las golondrinas
cruzar con su raudó vuelo
las encantadas regiones
del celeste firmamento.

Pero también las he visto
poco á poco ir descendiendo,
y rozar sus limpias alas
el súpicio fango del suelo.

Las he visto, desdeñando
el cristalino reflejo
de un pobre arroyo, buscar
las aguas de un lago inmenso.

Y al remover, al tocarlas,
el cieno que hay en su centro,
volar sedientas... manchado
su plumaje con el cieno.

¡Cuántos por sus vanidades
viven de honradez sedientos,
y llevan oscuras manchas
en la frente y en el pecho!

LA NIÑA MUERTA.

Á MI HERMANO MANUEL CERBAN.

Se inician los matices de la aurora
mientras sus alas batan
sobre la cuna de la pobre enferma
impacientes los ángeles.

Sonriese la niña... y su alma pura
rompe la estrecha cárcel;
y brilla el sol, y las benditas puertas
del cielo se entreabren.

Y de aquel libre espíritu que se alza
son dignos funerales,
el plácido susurro de las brisas
y el canto de las aves.

LOS DIAS DEL PATRON.

Á GREGORIO CABRERA LLORCA.

I.

—Abuelo... ¿por qué motivo hoy repican las campanas, y en todas las baterías hacen los cañones salva?

—Hijo, porque hoy se celebra al Patron de las Españas, que fué castigo y espanto de las huestes mahometanas.

—Abuelito... ¿y los apóstoles cuál los hombres peleaban?

—Así fué preciso en una comprometida jornada.

—¿Y hace mucho tiempo, abuelo?

—Hijo, la fecha es ya larga.

—¿Y no quisieras contarme algo de aquellas hazañas?

—Veremos si hago memoria.

—Recuerda, abuelito, y habla,

II.

—Ha diez siglos que en los campos

de la Alvelda retumbaba
el estruendo formidable
de una sangrienta batalla;
y á la claridad confusa
de la tarde que espiraba,
entre las nubes del polvo
se distinguia la santa
enseña de Dios, revuelta
con las lunas musulmanas.
Con el fuego del combate
el español se agiganta;
pero es inútil su brio
ante la hueste contraria,
porque en número mas corto
pelea con desventaja,
y hay para cada cristiano
diez cortantes cimitarras.
—¡Ah, pícaros! ¡Si entre ellos
estuviera con mi espada,
de fijo que ni uno solo
con la cabeza quedaba!
—El ángel de la victoria
de aquellos sitios se aparta
por no cubrir á los moros
con sus benéficas alas;
y el sol, tambien presintiendo
la derrota de mi pátria,
esconde en el occidente
los rayos de su mirada.

III.

—Prosigue, abuelo, que aguardo

el desenlace con ánsia.

—Cerró la noche, y entonces
se suspendió la batalla,
esperando á que luciera
el astro de la mañana.

—¿Y el vencedor...

—Su victoria

celebra con algazara,
mientras al Señor dirige
el cristiano su plegaria;
y don Ramiro, el primero
por su nombre y sus hazañas,
tambien permanece orando
en la tienda solitaria.

Por el triunfo de los suyos
amparo de Dios reclama,
y Dios concede su amparo
al desvalido monarca;
porque envuelta entre vapores
una vision se adelanta,
y á su presencia recobra
Ramiro sus esperanzas.

—¡Una vision, abuelito!

¿Y quién era ese fantasma?

—Era Santiago, el Patron
de las huestes castellanas,
que al rey le dijo: «No tiembles,
que venceremos mañana.

A tus soldados alienta,
y diles que en su compañía,
Santiago domará el brio
de las lunas mahometanas.

—¡Ay, qué valiente! ¿Y el rey
qué hizo, abuelo de mi alma?

IV.

—De hinojos cayó Ramiro
escuchando estas palabras.

—¿Y despues?

—Alzó la vista;

buscó la figura santa
con ansiedad; pero solo
en su tienda se encontraba.

Dudó si sería un sueño
de su mente fatigada;
pero la fé nuevas luces
volvió á encender en su alma.

—¿Y no era un ensueño, abuelo?

—No.

—¡Qué cosa tan extraña!

—El dormido campamento
despertó al rayar el alba,
y á sus bravos campeones
de esta manera les habla:

«El sol ayer con vergüenza
su claridad nos negaba:

¡ved cual sale por oriente
en su carroza dorada!

El ángel de la victoria

huyó batiendo sus alas...

pronto vendrá á coronarnos
con sus triunfadoras palmas.

Aparecióseme anoche

un misterioso fantasma,
y era el Apóstol que vela
por nuestras valientes armas.
El musulman nos provoca
con insolente arrogancia;
seguros de que triunfamos
seguid á vuestro monarca.
¡Sus! ¡A vencer ó á morir
por la gloria y por la pátria!»

V.

—Y diga, abuelo, ¿el Apóstol
llegó á cumplir su palabra?
—Llevando cubierto el pecho
con una cruz encarnada,
lo mismo que la que ondea
en su banderola blanca,
aparece repentino,
de un bravo corcel en alas,
un caballero cristiano
al empezar la batalla.
Lleno de valor, el jóven
á la morisma se lanza,
y tras él se precipita
toda la hueste cristiana.
con tal furor, que los moros
su fiero émpuje no aguardan,
y se dispersan buscando
su refugio en las montañas.
Y aun el bravo Abderrahman,
lleno de vergüenza y rábia,

huye con rápido escape
en una yegua africana
al grito de ¡Santiago!
¡Santiago y cierra España!

VI.

—Dime, abuelito, ¿y es cierto
lo que la historia relata,
y que Santiago anduvo
repartiendo cuchilladas?

—Así parece; y afirma
el buen Padre Mariana, (1)
que murieron degollados
en la célebre batalla
mas de sesenta mil moros.

—¡Ay, qué tremenda matanza!
¿Pero es posible que un santo
llegue á verter sangre humana?

—Cual te lo cuento, hijo mio,
mi abuelo me lo contaba.
Eres niño, y te aconsejo
que hoy creas en mis palabras:
tu razon y tu conciencia
te aconsejarán mañana.

(1) Historia de España, tomo I, página 224.—Edicion de Gaspar y Roig.

LOS POETAS.

Seres que al cruzar el suelo
corren de la gloria en pos
con santo y férvido anhelo,
con el pensamiento en Dios
y la mirada en el cielo.

Aman cuanto les rodea;
y su entusiasmo profundo
tan solamente desea
ver el mundo de la idea
tras la miseria del mundo.

Seres cuyo rico acento
lo mas sublime pregonan
con sublime sentimiento,
y llevan de zona á zona
gloria, virtud y talento.

Misteriosos trovadores
que al triste vuelven la calma,
y mitigan sus dolores;

seres que cuidan las flores
de los jardines del alma.

Con tierna solicitud
y fervoroso caríño,
el compás de su laud
hace brotar en el niño
el germen de la virtud.

Ellos conservan la historia
de génios que van pasando;
en cariñosa memoria
á nuestros hijos legando
ricos poemas de gloria.

La caridad los inspira;
y ellos calman la aflixion
del infeliz que suspira,
al arrancar de su lira
las notas de una oracion.

Ellos quieren, al cantar
sus pensamientos humanos,
la oscura sombra rasgar,
y las naciones juntar
en una pátria de hermanos.

Ellos con dulce pureza
sus preces á Dios levantan;
y al despreciar la riqueza,

en tono inspirado cantan
la virtud de la pobreza.

Ellos muestran la verdad
bañada en celeste luz;
y alienta esa claridad
á la pobre humanidad
que camina con su cruz.

Ellos con ruda potencia
vibran su trompa sonora,
despertando la conciencia,
si ven que la pátria llora
por su santa independencia.

Que su libre voluntad
conmueve á la sociedad
con la mágia de su acento,
lanzando inspirado al viento
un himno de libertad.

Y de fuego el alma llena
su grito potente y bravo
que en libre nota resuena,
y hace romper la cadena
del pueblo que vive esclavo.

NUBES QUE PASAN.

Rebrama el Simoun.—Su aliento crece.—
Todo lo arrolla su pujanza fiera.—
Una palma se opone á su carrera:
dobla la palma, y sigue.—Desparece,
y se levanta erguida la palmera.

Así en el mundo á la virtud humilla
la vil calumnia con su torpe vuelo.—
Mas, se hace la verdad: rásgase el velo...
y entonces la virtud tan alta brilla
que con su aroma se perfuma el cielo.

¡HASTA CUANDO!...

Á RAMON LEON MAINEZ.

Musulmanes y cristianos;
combates, triunfos, derrotas;
el poder y la conquista,
el patriotismo y la gloria.

¿Qué entienden de todo eso
las pobres madres que lloran
cuando pierden á sus hijos
que son su pátria y su honra?

Pisando charcas de sangre
y sobre montes de huesos,
furioso se precipita
un pueblo sobre otro pueblo.

Y como salvajes fieras
se despedazan sangrientos
los que para ser hermanos
y para amarse nacieron.

A la alegría, las lágrimas
prefieren los insensatos,
y al eco de los talleres
el trote de los caballos.

Y en vez de cantos benditos
para la paz y el trabajo,
se oyen clarines guerreros,
blasfemias y cañonazos.

Ayer, por viejos rencóres,
excitados por sus reyes,
en duelo á muerte riñeron
alemanes y franceses.

Hoy turban la paz de Europa
Rusia y Turquía que vuelven
á discutir con las armas
la antigua cuestion de Oriente.

Desde la edad primitiva,
siempre entre nubes oscuras,
negando nuestro progreso
la humanidad sigue en lucha.

Y á la cumbre del Calvario
su cruz no llevará nunca,
mientras siga siendo esclava
del fanatismo y la duda.

Que es la ignorancia la guerra
que hace á los hombres esclavos,
y que cuesta á las naciones
rios de sangre y de llanto.

Y es la ilustracion la paz,
dulce y cariñoso lazo
que borrando las fronteras
hará á los pueblos hermanos.

HIMNO AL ARTE.

CORO.

¡Gloria, gloria á los génios del arte!
Levantemos un himno en honor
de los nombres augustos que el tiempo
cual sagrada memoria guardó.

¡Gloria al hombre que extiende su fama
por los mundos de la inspiracion!
¡Gloria, gloria al destello sublime
que alza al hombre á los brazos de Dios!

I.

Si son artistas Murillo
que sublima cuanto toca,
y Fidias que hace á la roca
esclava de su buril:
artista es tambien Copérnico,
que en misterioso aposento

descifra en el firmamento
la historia del porvenir.

II.

Si es el arte Miguel Angel,
con su poderosa mano
levantando el Vaticano
en gigante concepcion:
¿qué es Colon sino un artista
que en el taller de su mente
da vida y forma al potente
nuevo mundo que soñó?

III.

Quien habla de zona á zona
los rayos esclavizando;
quien reune al hombre explotando
la potencia del vapor:
es artista como el génio
de inspirada fantasía
que arranca con su armonía
lágrimas del corazon.

IV.

Homero, Apeles, Bellini,
Newton, Galileo, Dante,

Horacio, Mozart, Cervántes
y Franklin y Guttenberg:
son artistas de indeleble
y de sagrada memoria,
en el templo de la gloria
coronados de laurel.

LOS QUINTOS.

Á FELIPE PLÁCIDO MARTINO.

I.

Cuando los quintos marchan,
tras de sus hijos
las madres van llorando
por los caminos.

Mas cuando de la guerra
vuelven enfermos,
¡qué triste y solitario
que está el sendero!

II.

Cuando salen los quintos
para la guerra,
casi todas las madres
mueren de pena.

Por eso cuando vuelven
tan solo hallan
en el enterramiento
cruces y zanjas.

¿LOCOS Ó CUERDOS?

Á HERMENEGILDO GINER.

Pronto se llega al vicio;
y es el sendero
que á la virtud conduce
largo y estrecho.

Los mas lloran y sufren,
gozan los menos;
pocos se encuentran hartos,
muchos hambrientos.

El que es honrado y digno,
pasa por nécio;
y al pícaro le llaman
hombre de génio.

La estupidez ocupa
brillantes puestos,

mientras que perseguido
se ve el talento.

Y en la desigual lucha,
con pena vemos
al malvado triunfante,
vencido al bueno.

Medita, amigo, y dime
pensando en esto,
si estamos en el mundo
locos ó cuerdos.

GEMIDOS.

(Episodio de las inundaciones de Valencia.)

I.

La mano de Dios bendijo
las riberas valencianas;
y hoy de nosotros la mano
de Dios se aparta.

¡Pobres pueblos!—Ayer eran
los mas felices de España,
y hoy son ruinas, al soplo
de la desgracia.

Ayer el sol con sus rayos
las praderas fecundaba;
hoy mueren pueblos enteros
bajo las aguas.

Y ya el labrador alegre
yendo al trabajo no canta;
pues no hay campos, ni cosechas,
ni pan... ni nada.

Que al estruendo funerario
de la horrible catarata,
el ángel del exterminio
tendió sus alas.

Y los arroyos, que puros
entre las flores rodaban,
son torrentes cuya furia
todo lo arrastra.

Y el apacible rocío
precursor de la mañana,
es diluvio que en su seno
la muerte guarda.

Y los cantos de las aves
melancólicos se apagan
con los gritos de agonía
que el miedo arranca.

II.

Ayer mis hijos, mi esposa,
mi trabajo y mi esperanza;
hoy solamente miseria
y luto y lágrimas.

Dejo mi hogar á los gritos
de una desvalida anciana
que ve dos niños revueltos
entre las aguas.

La Providencia me ayuda:
sus pobres hijos se salvan.—
Vuelvo á mi choza.—¡Y los míos!
¿dónde se hallan?...

En mi cabaña murieron
los pedazos de mi alma;
¡ni aun encuentro las ruinas
de mi cabaña!

Quiero llorar, elevando
ante el altar mi plegaria;
¡ni un templo existe do pueda
verter mis lágrimas!

Y no teniendo familia,
ni amigos, ni pan, ni casa,
en un cementerio busco
mis esperanzas.

Busco la tumba que encierra
la madre de mis entrañas;
¡y ni este consuelo triste
mi pecho alcanza!

Que al robarme el huracan
hijos, mujer y cabaña...
¡ni aun me dejó las cenizas
de la madre de mi alma!

FLORES Y ESPINAS.

En tus ojos yo he visto
luces del cielo,
y tambien llamaradas
de los infiernos.
Dime, extraña criatura,
si eres demonio
ó ángel que á los que miras
los vuelves locos.

Tus miradas prometen
un paraíso;
pero tambien me causan
tristeza y frío.
Detrás de tus sonrisas
y tus promesas,
¿qué guardas? ¿calor santo,
ó nieve eterna?

EL REDENTOR DE LOS NEGROS.

BALADA.

—Madre, el trabajo me abruma
y de cansancio me muero:
¿quieres que descansa un poco?
El capataz está lejos...

—Hijo del alma, ¿no sabes
que su látigo sangriento
no respeta ni los niños,
ni los ancianos ni enfermos?

—Pero si no puedo mas;
¡madre mia, si no puedo!
—Ven y descansa, descansa
bajo el amparo materno.

Recobra fuerzas, no tiembles
estremecido de miedo,
que entre el látigo y tu rostro
yo colocaré mi pecho.

Descansa, mísero esclavo,
nacido para el tormento;
que al crujir de las cadenas
tus pobres ojos se abrieron.

—Madre, me reanima el puro
dulce calor de tus besos:
si es preciso trabajar
hasta morir, trabajemos.

—Si, trabajar hijo mio
sin esperanzas, que ha muerto
el bravo Lincoln, el padre,
el redentor de los negros.

AYER Y HOY.

I.

Ayer, sin conocerte,
 el alma mia
 era un campo cubierto
 por las espinas,
 que cobijaba
 el cielo tenebroso
 de la desgracia.

Pero vi tu hermosura
 y tu inocencia,
 y cultivar yo quise
 mi pobre tierra;
 y con el llanto
 arranqué las espinas
 que me punzaron.

II.

Hoy, que por mi ventura
 ya te conozco,

es un jardín mi vida,
porque te adoro;
porque hoy mi alma
tiene por cielo, el cielo
de tu mirada.

Y el sol que brotar hace
flores tan ricas,
y el aroma que luego
les da la brisa,
son... tu pureza
y tus dulces suspiros.
¡Bendita seas!

DESVENTURAS DE LA PÁTRIA.

¡Pobre España! Tu suerte me da espanto,
 hoy que á la cruz de tu Calvario avanzas.—
 ¡El noble pueblo que merece tanto...
 no tiene pan, ni gloria, ni esperanzas!

Cuando la luz de la moderna idea
 ilumina los libres corazones,
 en nuestro fértil suelo el hambre ondea
 sus negros y fatídicos pendones.

¡Triste sarcasmo que á la mente asombra!
 ¡Ciencia y fraternidad! llanto y pobreza!
 ¿Do está, pueblo infeliz, la rica sombra
 de tu prosperidad y tu grandeza?

¿Qué fué de tu entusiasmo y de tu brio?
 ¿Dónde tu génio, tu valor profundo?
 ¿Qué has hecho del gigante poderío
 en otro tiempo admiracion del mundo?

Ayer el orbe te envidiaba, siendo
 de tu grandeza y tu poder testigo;

hoy te desprecia... porque estás viviendo
la vida miserable del mendigo.

Hoy todo ha muerto, pues llegó á tocarte
la imbécil duda con su mano yerta:
¡muerta la agricultura, muerto el arte,
muertas las ciencias, y la industria muerta!

Que entre el progreso de la raza humana,
se queda este pais desventurado,
sin levantar los ojos al mañana,
envuelto en los girones del pasado.

¡Desdichada nacion!—Cansada y fria
se duerme con el sueño de la muerte.—
¡Cuándo, España infeliz, llegará el dia
que el llanto de tus hijos te despierte!

LA INOCENCIA.

En el jardín del cielo
sembró Dios mismo
una planta que cuidan
los angelitos,
y con su aroma
perfuman el ambiente
que hay en la gloria.

Dios, que de sus criaturas
siempre se acuerda,
y levantarnos quiere
de la impureza,
tan rica planta
permitió que á este mundo
la trasplantaran.

Pero sin duda alguna
los jardineros,
aquella flor tan rara
desconociendo,
mal la plantaron
y va muy despacito
fructificando.

Por eso los capullos
apenas brotan,
antes de entreabrirse
pierden su aroma;
que en este suelo
corren para esas flores
muy malos vientos.

Pero la que hoy admiro
en tu sonrisa,
nunca niña del alma,
verás marchita;
porque Dios riega
con su aliento las flores
de la inocencia.

AL PIE DE LA REJA.

A MANUEL PANCORBO.

I.

En una calleja oscura
de la ciudad de la Alhambra,
insensible al huracan
furioso que se desata,
contemplando pensativo
una arabesca ventana,
está Zelim-el-Kader
envuelto en su roja capa.

De vez en cuando su pecho
un tierno gemido lanza
y humedece su mejilla
el contacto de una lágrima;
y al derramar un relámpago
en el espacio su llama,
dice, poniendo en su rostro
una sonrisa que espanta:

«¡Por Alá, que es mas ardiente

el fuego que á mí me abrasa,
y mas ruda la tormenta
que está rugiendo en mi alma!...
¡Guay de que pierdas un día
tus esperanzas, sultana!
¡guay de que llores, cual lloro
mis risueñas esperanzas!

Ha tres lunas que no veo
los soles que me alumbraban,
y tres lunas que muriendo
mi pobre vida resbala.
Tal vez goces en lanzarme
el corazon á la cara...
mas yo bendigo la mano
que el corazon me desgarrá.

Mis ilusiones llevóse
el viento de la inconstancia,
¡y tanto y tanto cariño
con el olvido se paga!..
¡Guay de que pierdas un día
tus esperanzas, Zoraida!
¡guay de que llores, cual lloro
por mis muertas esperanzas!...»

II.

Quedó el árabe en silencio
en la estrecha callejuela,

y el grito de un centinela
el silencio interrumpió.
Y acaso para avisarle
que van las horas pasando,
á los creyentes llamando,
la voz del muezin vibró.

Y al ver Zelim que esta noche,
cual las noches anteriores,
corresponde á sus amores
Zoraida con esquivéz,
en su amante desvario,
sus lágrimas enjugando,
dijo, la vista fijando
en el cerrado agimez:

«A Eblís el alma le diera
con este mi amor insano,
y hasta fuera de un cristiano
esclavo con voluntad,
por arrancar de la mente
la imágen de tu hermosura,
que me robó mi ventura,
mi dulce tranquilidad.

Pero como no es posible
que mientras Zelim aliente
pueda extinguirse esta ardiente
abrasadora pasión,
quiero á lo menos que sepas,
que despues de tanto amarte,

en la dicha de olvidarte
cifro toda mi ambicion.»

Y una guzla que llevaba
oculta bajo el embozo,
empezó á tañer el mozo
en su amorosa inquietud.
Y al compás del ronco trueno,
el moro entonó este canto,
mezclando á su amargo llanto
las notas de su laud.

III.

Olvidar Zoraida quiero,
aunque muero,
tu recuerdo seductor,
á ver si el olvido calma
de mi alma
el tristísimo dolor.

Mas en vano lo pretendo,
pues comprendo
que mitiga mi sufrir,
recordar con amargura
la ventura
que para siempre perdí.

Una esperanza perdida,
de mi vida

las ilusiones cortó;
y la flor del desengaño
por mi daño
en mi camino brótó.

Con mi negra desventura,
mi locura,
Zoraida quiso luchar,
y el cáliz de la tristeza
con firmeza
gota por gota apurar.

La flor separaba ufano,
mas mi mano
sus espinas se clavó,
y una lágrima de fuego,
sentí luego
que mis párpados quemó.

Por eso olvidar yo quiero,
aunque muero,
tu recuerdo seductor,
á ver si el olvido calma
de mi alma
el tristísimo dolor.

Mas en vano yo lo imploro,
pues te adoro
con tan ardiente pasión,
que solo te iré olvidando

una por una arrancando
las fibras del corazon.

IV.

Al vibrar la última nota
de aqueste canto de enojos,
del pobre moro á los ojos
un torrente se agolpó
de lágrimas de ternura,
hijas del amor primero,
que és el amor verdadero
que el cielo nos concedió.

Y al dirigir la postrera
mirada de enamorado
á la reja que ha causado
tantas penas á Zelim,
lanzó el bizarro mancebo
un amoroso gemido,
porque llegó hasta su oído
el canto de un serafín.

Y la tormenta que estaba
en los espacios bramando,
aquel acento escuchando
mágicamente calmó;
y tras de la celosia
del agimez de la mora,
una voz dulce y sonora
de esta manera cantó.

V.

¿No sabes, Zelim del alma,
que mi calma
por tus amores perdí,
y que hace tres lunas muero,
pues te quiero,
y en tres lunas no te ví?

¿Tú no sabes, que angustiada,
encerrada
mi padre me aprisionó,
porque un esclavo oficioso,
rencoroso,
nuestra dicha le contó?

¿Y no sabes que llorando,
contemplando
las flores de mi jardín,
á la esencia de una rosa,
cariñosa
pregunté por mi Zelim?

Y que la flor, sonriendo,
comprendiendo
el fuego de mi pasión,
me contestó «¡pobre mora,
por tí llora
enfrente de tu balcón!»

Al saber que estás penando,
sobornando
á mi negro guardian,
vine á consolar tu llanto
con mi canto,
para que cese tu afan.

A decirte que si quieres,
porque mueres,
renunciar á mi pasion,
no me olvides, que una mora
cuando adora
adora de corazon.

Y si el tuyo con despecho
en el pecho
pedazos quieres hacer,
no lo rompas por mi vida,
que allí anida
el alma de esta mujer.

Y en prueba de que te quiero,
y que espero
de nuestras penas el fin,
descifra ese pergamino,
y confia en el destino,
y ven mañana Zelim.

VI.

Perdióse la voz, y el moro

de tanta dicha admirado,
un pergamino arrollado
afanoso recogió;
y á la claridad dudosa
de la luna que nacia,
llena el alma de alegría
entusiasmado leyó:

«Aunque no pueda volar,
una avecilla encerrada
goza en su jaula dorada
con la esperanza de amar;
pero si llega á inspirar
á un ruiñeñor tierno amor,
y una mano con rigor
porque amó mas la encarcela,
entonces la pobre vuela
al nido del ruiñeñor.

Y pues por tí sufro aquí
de mi padre los rigores,
y muero por tus amores
y vivo solo por tí...
hoy el techo en que nací,
con amor abrasador
abandono sin temor;
y al hacerlo, yo confío
mi pureza, Zelim mio,
á lo puro de tu amor.»

«Mañana vendré, Zoraida,

para quebrantar tus hierros,
y hácia mi nido de amores
amorosos volaremos:
yo haré que tu cárcel rompas
apesar del carcelero,»
dijo, besando la carta
con cariñoso respeto.

Y el bravo Zelim-Kader
dejó la calle, sintiendo
que la flor de la esperanza
vuelve á nacer en su pecho;
mientras que tomando parte
en su dicha el firmamento,
con un séquito de estrellas
brilló la luna en el cielo.

CANTARES. (1)

Á MIS BUENOS Y QUERIDOS AMIGOS DE RONDA.

PRELUDIO.

Gemidos del que sufre;
santas protestas,
y gritos que se escapan
á las conciencias.

Esperanzas benditas
que ya pasaron,
y negras amarguras
que traen los años.

Pensamientos sombríos

(1) Escritos casi todos los cantares que forman esta pequeña colección, en 1874, durante el destierro que sufrí en la poética y generosa capital de la Serranía, dedico las presentes páginas á los ronderos inolvidables que en aquella época me dispensaron la mas cariñosa hospitalidad. En este recuerdo confundo á todos mis buenos amigos de aquel honrado pais; pues si me propusiera dedicar una sola composición á cada una de las personas cuyos nombres conservo en el corazón y en la memoria, seguramente no bastarian á ello cuantos trabajos forman mi libro.— Sean pues estas líneas público testimonio de mi gratitud hácia los nobles hijos de Ronda que, con su afecto y sus consideraciones, templaron las amarguras del destierro, haciéndome olvidar los tristes y largos meses que acababa de pasar en el Gibralfaro de Málaga.



de los que buscan
lenitivo á sus penas
entre las tumbas.

Arranques generosos
del patriotismo,
y gloriosos ejemplos
que hoy no seguimos.

Conquistas de la ciencia
y del trabajo;
la honra de los talleres,
la paz del campo.

Los misterios que guarda
naturaleza;
los valles pintorescos,
las altas sierras.

La silenciosa noche;
el templo artístico;
las rudas tempestades
del mar bravío.

El amor á las pobres
almas caídas;
el respeto al derecho
y á la justicia.

Todo lo que es honrado,
y poético y grande,
es lo que cantar quiero
en mis cantares.

I.

Sí yo en cantares hiciera
la historia de mis desdichas,
¡ay, qué volúmen tan largo
y tan triste escribiría!

Pero como á nadie importan
los arcanos de mi alma,
basta con que estén escritos
en el corazon con lágrimas.

II.

Ronda, que sobre el Tajo
tu trono alzas;
poético y gigante
nido de águilas:
un pobre desterrado
paz y salud demanda
al rico sol y al cielo
de tus montañas.

III.

¡Cuánta lucha entre los vivos!
¡Cuánta paz entre los muertos!
¡Qué grata sombra que prestan
los sauces de un cementerio!

IV.

El poeta es como el pájaro,
que vuela de rama en rama;

y gime todas las penas,
y todas las glorias canta.

Donde hay brisas y celajes
vive feliz, y proclama
la humanidad por familia,
el mundo entero por patria.

v.

¡Ay, ya viene el invierno
con sus tormentas,
y los mendigos llaman
de puerta en puerta!

Abramos cariñosos
nuestros hogares
á los pobres mendigos
que tienen hambre.

vi.

En tus ojos yo he leído
ideas nobles y santas.
¡Claro, como que los ojos
son el espejo del alma!

vii.

En segura fortaleza
podrán sujetar el cuerpo;
mas por las altas regiones
vuela libre el pensamiento:
que al espíritu no alcanza
la mano del carcelero.

VIII.

El pone sus pergaminos,
y ella su dinero pone:
quede el amor reservado
para plebeyos y pobres.

IX.

Soñé que iba á morirme,
y lloraba con pena;
mas desperté... y entonces
si que lloré de veras
al ver que aun se encontraba
mi espíritu en la tierra.

X.

Una lágrima tuya
cayó en mi alma:
desde entonces la tengo
purificada.
Desde aquel día,
hay en mi ser mas jugo,
mas luz, mas vida.

XI.

¡Por cada instante de dicha,
cuántas horas de tormento!—
Parece imposible que haya
quien tenga á la muerte miedo.

XII.

Desde la costa africana
yo he contemplado con pena,

de Gibraltar y Tarifa
las confusas siluetas.

Y en aquellas plazas fuertes
he visto la historia entera
del heroismo pasado
y la presente vergüenza.

XIII.

Cuando hay tristeza y se llora
y no se explica la causa,
es porque á enfermar empieza
de mal de amores el alma.

XIV.

Tomando de tus mejillas
el blanco de la azucena,
y con las tintas azules
que tus ojos transparentan;
con el carmin de tus labios
y el oro que hay en tus trenzas,
si fuera pintor... ¡qué tonos
saldrian de mi paleta!

XV.

Noble ciudad del Tajo,
que te levantas
al nivel de las sierras
mas elevadas.

Como docel tú tienes
ricos celajes,

y por alfombra un río
que tus pies lame.

Y te aclaman señora
valles y bosques,
y huertas y molinos
y ricos montes.

No te olvidaré nunca,
ciudad bendita,
la mas hospitalaria
de Andalucia.

XVI.

Miré tus ojos, y quise
poner mi ventura en ellos;
mas, me asomé á tu conciencia,
y me retiré con miedo.

XVII.

Si alguien sufre trabajando
no sufra porque trabaja,
que es el trabajo virtud
que hasta el cielo nos levanta.

XVIII.

Golondrinas que cruzais
por el Estrecho hácia Europa,
¡ay, trasportad mis suspiros
á las costas españolas!

XIX.

¡Pobres mujeres cegadas
en el vicio y la impureza!
¡Si á ver llegais algun día,
qué cosas vereis tan negras!

Y al ver honradas esposas
y madres nobles y tiernas,
¡con qué voces tan horribles
os gritará la conciencia!

XX.

A medida que blanquea
la nieve entre los cabellos,
van las pobres ilusiones
desprendiéndose del pecho.

XXI.

Soy mas rico que el mas rico
y mas grande que el mas grande,
pues tengo fé, y es la fé
el tesoro que mas vale.

XXII

Queden las buenas palabras
para las gentes de córte:
en éstas montañas solo
se encuentran buenas acciones.

Allí se adula y se finge,
y se consume y se goza;

aquí se siente y se ama,
y se produce y se llora.

XXIII.

¡Quién descifrara en tu frente
los pensamientos que guardas,
y quién leyera en tus ojos
lo que sientes en tu alma!

XXIV.

Por su amor á la criatura,
los que son buenos quisieran
fundir todos los cañones
y todas las bayonetas.

Y el metal que torpemente
en la destruccion se emplea,
convertirlo en instrumentos
para cultivar la tierra.

XXV.

De la historia de mi vida
solo se que sufro hoy,
que no se de donde vengo
ni tampoco á donde voy.

XXVI.

Aun mas que ricos manjares
en palacios opulentos,
vale en modesta cabaña
un pedazo de pan negro;

y hallar abrigo y reposo,
libre de remordimientos,
en brazos de nuestros hijos,
con el calor de sus besos.

XXVII.

En las grandes capitales
se consume la existencia.
¡Cómo se dilata el alma
respirando en estas sierras!

XXVIII.

¡Pobre del que tus ojos
no ha visto nunca!
¡Pobre del que conoce
tanta hermosura!
¡El que no te idolatre,
mil veces pobre!
¡Y pobre el que te fie
sus ilusiones!

XXIX.

Hay muchos ricos que tienen
vergüenza de su dinero.
¡Qué pocos pobres he visto
que se avergüencen de serlo!

XXX.

Soné anoche que oía
suspiros tiernos,

y que al cabo las nieves
se derretieron.

Soñé que entre sus giros
llevaba el viento
palabras cariñosas,
rumor de besos.

Y aun soñé que me amabas,
cara de cielo.

¡Válgame Dios, qué raros
que son los sueños!

XXXI.

Ni la caridad levanta
al infeliz que tropieza,
porque del árbol caído
todo el que pasa hace leña.

XXXII.

Mi amor por una mirada,
mi dicha por un recuerdo,
mi vida por un suspiro,
mi salvacion por un beso.

XXXIII.

Ya se sienten los frios,
ya rugen las tormentas,
ya el árbol se despoja,
ya los montes blanquean.

Ya del hombre ha pasado

la feliz primavera;
¡ya hay cansancio en el alma,
y nieve en la cabeza!

XXXIV.

Si el que llegó á ofenderte
se ve caído,
no le niegues tu mano
ni tus auxilios;
que así se vengan
las almas generosas,
grandes y buenas.

XXXV.

¡Qué mengüados espíritus
son aquellos que tienen
para el débil orgullo,
sumisión para el fuerte!

XXXVI.

Negros son tus ojos, niña;
negro el color de tus trenzas;
negras son tus intenciones,
y también mi suerte es negra.

XXXVII.

¡Cuándo daré la vuelta
á mis hogares,
y veré aquellas costas,
y aquellos valles,

y aquellos montes
con casas que parecen
nidos de amores!

XXXVIII.

Quieren los hombres amigos
de las ideas modernas,
que el derecho y la justicia
por todo el orbe se extiendan.

Y que la luz del progreso,
disipando las tinieblas,
funda en una sola pátria
á la humanidad entera.

XXXIX.

Cuando yo gozo y rio,
entonces sueño;
y cuando sufro y lloro,
estoy dẽspuerto.

XL.

¡Qué afortunados viajeros!
¡Qué dichosas criaturas
las que hallan la fosa abierta
á los bordes de la cuna!

Esas son almas que huyen
al impulso de sus alas,
porque saben que la tierra
no es el centro de las almas.

XLI.

Es preciso que los hombres,
para ser libres y buenos,
conozcan bien sus deberes
aun antes que sus derechos.

XLII.

Ya oigo la voz sonora
de la corneta;
ya ciegamente corro
á las trincheras.

Ya siento en mis oídos
silbar las balas;
¡ay, pobrecita madre
de mis entrañas!

XLIII.

Cuando se cruza el Estrecho,
al ver la bandera inglesa,
¡cómo se siente en el rostro
el calor de la vergüenza!

XLIV.

¡En la opulencia, qué tristes
que viven los opulentos,
si por sueños no cumplidos
son tenaces pordioseros!

¡Y en la pobreza los pobres
qué felices son teniendo

un poco de sol, de aire,
de libertad y de cielo!

XLV.

¡Cuánto dice al espíritu
esa asombrosa
maravilla que llaman
Tajo de Ronda!

¡Cuánto misterio encierran
aquellas moles,
que en los abismos nacen
y en el cielo se esconden!

XLVI.

Con aquel viejo tan rico
te vi salir para el templo,
y te lloré cual si fueras
camino del cementerio.

XLVII.

Primero dijo «confía»
y luego me dijo «espera;»
y yo confío y espero.
¡Cuándo acabarán mis penas!

XLVIII.

Los poderosos del mundo,
egoistas y soberbios,
luchan para repartirse
el dominio de los pueblos.

Y pretenden á los hombres
esclavizar, cuando ellos
son los primeros esclavos
de sus pobres pensamientos.

XLIX.

Sin ver quien lo recibe
el bien hagamos...
aunque así muchas veces
se hagan ingratos.

L.

Aseguran que Dios hizo
el mar la tierra y el viento;
mas, ¿quién hizo los honores
y los títulos soberbios?

La nobleza mas honrada
en el trabajo busquemos,
que la otra es humo perdido
antes de llegar al cielo.

LI.

¡Pobre del que devora
sus agonías,
sin que corran las lágrimas
por sus mejillas!

Porque en las horas tristes
¡ay! es el llanto
el mas dulce consuelo
del desgraciado.

LII.

En los salones hay luces
y perfumadas esencias;
en los campos sol y aire,
y romero y madre selvas.

LIII.

Yo soñé con la gloria
y los amores,
y al despertar... ¡que tristes
desilusiones!
Hoy solo guardo
las queridas memorias
del bien soñado.

LIV.

Las flores por la mañana
mece la brisa, mas luego
llega la tarde y sus hojas
son marchitas por el cierzo.

La vanidad de los grandes,
el poder de los soberbios,
es sombra que se disipa,
átomo que lleva el viento.

LV.

¡Cuántos corren por el mundo
tras la gloria suspirando!
La mayor gloria que existe
es ser hombre y ser honrado.

LVI.

Por la senda del vicio
la vi que entraba
en carretela abierta,
con ricas galas;
y tristemente digo,
¡pobre muchacha!
¡cuándo así se principia...
qué mal se acaba!

LVII.

Al oír los tarifeños
el cañonazo de Calpe,
dicen: ¡cómo ha concluido
la raza de los Guzmanes!

LVIII.

El que gozar un cielo
quiera en la tierra
busque mujer que reuna
todas tus prendas.
Buscarla debe,
que sienta, que trabaje,
que lllore y piense.

LIX.

Sembré una pobre limosna
y recogí muchos bienes.
¡Qué gran verdad es que Dios
ciento por uno devuelve!

Ciento por uno devuelve
la mano de Dios bendita;
y aquel que no siembra nada
tiene cosecha de espinas.

LX.

Cuando contemplo la sierra
coronada por las nieves,
¡ay, me acuerdo de tu alma
incapaz de comprenderme!

LXI.

Los que por el buen sendero
quieren marchar en el mundo,
¡cuántos obstáculos hallan
desde la cuna al sepulcro!

LXII.

Los ojos de tu cara
matan mirando:
ni siquiera respetan
á sus hermanos;
pues sus reflejos
hacen morir de envidia
á los luceros.

LXIII.

Por interés te casaron,
y aunque asombra tu fortuna,
hoy ante mis ojos eres
mucho mas pobre que nunca.

LXIV

Yo he visto á muchas mujeres
olvidar sus juramentos,
y he visto volverse locos
á muchos hombres discretos.

LXV.

¡Oscuras sombras abajo!
¡Luces brillantes arriba!
¡Pobres almas prisioneras
en los lazos de la vida!

LXVI.

Los torreones feudales
se derrumbaron al suelo;
mas no quedó redimida
la triste raza del siervo.

Y aun sujetos al terruño
de sus pasiones se hallan
muchos siervos de los vicios
y siervos de la ignorancia.

LXVII.

Cuando le dije que mi alma
por el mundo iba perdida,
me miró triste... y sus manos
temblaron entre las mias.

LXVIII.

¡Cuán fácilmente se rompen

lazos que el cálculo ajusta!
Los de un amor verdadero
no pueden romperse nunca.

LXIX.

Dice un cantar del poeta
mas popular de mi patria, (1)
que para vestir el cuerpo
hay quien desnuda su alma.

Por eso entre ricas blondas
en los salones se encuentran,
rostros que el rubor enciende
y corazones que tiemblan.

LXX.

En las horas de tormenta,
¡Dios ampare al marinero
que va sobre el mar juguete
de las olas y los vientos!

Y en las tormentas del mundo,
¡el cielo ampare á las almas
que van perdidas en busca
del puerto de la esperanza!

(1) D. Ventura Ruiz Aguilera.—¡Cuánta profundidad y cuánta belleza reúne su inspiración en brevísimas palabras!—Dice el cantar de mi querido amigo:

«El lujo de esa pobre
ya no me extraña;
para vestir el cuerpo
desnuda el alma.»

LXXI.

Poner dignidad y honra
en una mujer sin juicio,
es como poner un pájaro
entre las manos de un niño.

LXXII.

Cuando estoy á tu lado,
morir me siento;
y cuando estoy ausente,
tambien me muero.

Y si lejos no vivo,
ni vivo cerca,
para vivir ¿qué hago,
niña hechicera?

LXXIII.

Muchos cantan á los reyes,
y á los magnates soberbios;
yo canto á los que trabajan,
y á la virtud y al talento.

LXXIV.

Es el amor un libro
con muchas páginas.
¡Ay del triste que solo
ve la portada!
Detrás se esconde
el misterio sublime
de los amores.

LXXV.

¡Pobre flor que te entrelazas
en esos espinos negros!
Mas vale que vivas sola
que con un mal compañero.

LXXVI.

Mientras medita el hombre
que tiene génio,
se escucha en todas partes
la voz del nécio.

LXXVII.

¡Desventurados aquellos
que viven en la indolencia!
¡Dichosos los que al trabajo
con regocijo se entregan!

Unos ocultan las frentes
con rubor; los otros llevan
las manos encallecidas
y la conciencia serena.

LXXVIII.

Adios, bosque bendito;
adios, altos pinares;
adios, álamos negros;
adios, ricos nogales.

¡Cuánta quietud y cuántos
dulcísimos instantes

he gozado á la sombra
de aquellos árboles!

LXXIX.

Guadalevín sereno,
valle riquísimo,
sierras encanecidas,
viejo castillo;
risueñas heredades,
Tajo bravío...
recibid el saludo
de un fiel amigo.

LXXX.

Ayer ricas ilusiones;
hoy amargas realidades;
mañana un hoyo en la tierra
donde mi cuerpo descanse.

LÁGRIMAS Y DESENCANTOS.

CUADRO DRAMÁTICO.

PERSONAJES.

ANTONIA.

SOLEDAD.

SOR LUISA, hermana de la Caridad.

D. JUAN, médico militar.

PABLO, soldado de Cantábria.

D. SEBASTIAN, capitán navarro.

D. RAFAEL, miembro de la Cruz Roja.

La acción en Castro-Urdiales y en uno de los edificios preparados para hospitales de sangre después de la retirada de San Pedro Abanto.—Año 1874.

LÁGRIMAS Y DESENCANTOS.

ACTO ÚNICO.

Sala con puerta al fondo.—A la izquierda del actor y en segundo término una ventana con vidrios: á la derecha una cama y á su lado un ancho sillón de vaqueta. A la izquierda y mas al prosenio, otra cama y otro sillón: inmediato á éste una mesa, en la cual hay algunas medicinas y una lamparilla de noche, encendida. En la pared y cerca de esta cama hay un Crucifijo grande. Al levantarse el telón está amaneciendo y entran por la vidriera las primeras luces del día. Se oye el toque de una campana que llama á misa.

ESCENA I.

PABLO, ANTONIA.

Pablo está reclinado en el sillón de la izquierda, el cual se encuentra convenientemente dispuesto con varios almohadones. Está envuelto en un capote militar y cubiertas las piernas con una manta: se halla dormido ó aletargado.—Antonia mas al fondo, arrodillada delante del Cristo.

ANT.^a Tiende la muerte su implacable mano
hacia el soldado herido,
y yo coloco toda mi esperanza
en tu piedad, Dios mío.

Violentando la fé de su conciencia,
lanzóse al torbellino
de esa lucha nefanda que sostiene
el ciego fanatismo.

Y dejó su carrera y sus estudios
por el fusil del quinto;
que los duros mandatos de la ley
es forzoso cumplirlos.—

Por Aquella que en lo alto del Calvario
miró vuestro suplicio,
escuchad de otra madre desolada
el congojoso grito;

que allá abajo, en las playas de Santoña,
sufre cruel martirio
una pobre mujer que llora y tiene
el corazon partido!—

Yo confío y espero en sus plegarias;
que siempre con cariño
oye Dios á las madres, cuando rezan
y lloran por sus hijos!

Pausa.

PABLO. Ya la luz del nuevo día
los horizontes colora,
y el eco de esa campana
á los cristianos convoca.
¡Ay, quién sabe si muy pronto
doblará porque en la otra
vida descanse, purgado
de mundanales escorias!
¡Quizás del sol que aparece
no veré la luz dudosa,
cuando al caer de la tarde

en occidente se ponga!
 ¡Qué noche tan larga! ¡Cuán
 despacio corren las horas,
 y qué encontradas ideas
 á mi cerebro se agolpan!
 El desórden de la lucha;
 el ronco grito que brota
 de los lábios del que cae,
 y la voz atronadora
 del cañon que aun suena horrible
 en mi confusa memoria.
 Y haciendo triste contraste
 con las sanguinarias sombras,
 veo en los ratos de insomnio
 mi casita de Santoña,
 y las imágenes puras
 de mi madre y de la esposa
 que eligió mi corazon.
 ¡Qué afan, que pena tan honda
 la suya cuando al buscarme
 solo encuentren una poca
 de tierra y dos negros palos
 en cruz, sepultura tosca
 que regarán con sus lágrimas
 en la noche silenciosa!
 ¡Pobres pedazos del alma!
 Si supieran que hoy á solas...

ANT.^a Acercándose.

No, Pablo, tú no estás solo.

PABLO. ¡Cielos, mi Antonia!

ANT.^a Tu Antonia.

Tu fiel amiga de siempre,

la huérfana venturosa
que viene á sufrir si sufres,
á llorar si es que tú lloras,
y á morir, si es que tú mueres,
desesperanzada y loca.

PABLO. ¿Y madre?

ANT.^a Quedó en el pueblo
sumida en triste congoja
cuando la horrible desgracia
llevaron hasta nosotras.

PABLO. ¿Y cómo...

ANT.^a Juan el barquero
contónos la desastrosa
retirada que en Abanto
emprendieron nuestras tropas,
diciendo que te habia visto
entre la hilera horrorosa
de heridos que á Castro-Urdiales
conducia la Cruz Roja.

PABLO. ¡Qué triste día!

ANT.^a Tu madre...

PABLO. ¿Qué hizo?

ANT.^a Mi bienhechora,
comprendiendo que sus fuerzas
la abandonaban, con ronca
voz me dijo: «¡Corre á Castro!
¡á Castro-Urdiales, Antonia!
Que mi hijo no muera solo.
Ve tú que tanto le adoras,
y asegúrale que corro
detrás de tí presurosa
á devolverle la vida

con los besos de mi boca.

PABLO. ¡Madre del alma!

ANT. Y anoche

cuando llegué, la señora
que te cuidaba dejome
en su puesto...

PABLO. ¡Y cariñosa

vienes á ver mi agonía!
Por fortuna será corta;
que ya de sus ilusiones
mi corazon se despoja,
cual fuente que en el estío
se seca gota por gota,
como árbol que va perdiendo
una por una sus hojas.

ANT. No digas eso, no tengas
tales ideas.

PABLO. Se agota
mi existencia... que la herida
es mortal.

ANT. Si te abandonas
así, va á ser, de seguro,
tu curacion mas penosa.
¿No amas la vida?

PABLO. ¿Y qué es
nuestra miserable historia?
¡Triste lágrima que absorve
el mar en sus túrbidas ondas!
¡Pobre gemido sin eco!
¡Nube que el viento evapora!
¡Luz que brilla un solo instante
entre las eternas sombras!—

Nacer; amar; y soñando
 esperanzas ilusorias,
 despertar con el sublime
 llanto que del alma brota,
 al eco de tus suspiros
 en la orilla de la fosa.

ANT.^a No mates con mi esperanza
 nuestras ilusiones todas,
 ni las horas que á lo lejos
 nos sonrien melancólicas.
 Despues de noche sombría,
 nace risueña la aurora;
 detrás de rudos inviernos
 hay primaveras dichosas;
 pasadas las horas tristes
 vienen las alegres horas.
 ¡Ay, ten confianza Pablo,
 cual yo en la misericordia
 de ese Cristo, que murió
 crucificado en el Gólgota,
 y que no abandona nunca
 á los que sufren y lloran.

Vuelve Antonia de nuevo ante el Crucifijo y se arrodilla.—Pablo, haciendo un ademan que indica su desaliento, deja caer la cabeza en los almohadones, cerrando los ojos.—Despues de corta pausa aparece D. Juan en la puerta del fondo y contempla con pena á Antonia, la cual se levanta al verle: hablan á media voz.

ESCENA II.

PABLO, ANTONIA, D. JUAN.

JUAN. ¡Pobre muchacha!

ANT.^a ¡Dios mio!...

JUAN. ¿Cómo sigue nuestro Pablo?

ANT.^a Continúa mal; muy triste
y muy caído.

JUAN. Veamos.

Se acerca y examina al herido.

ANT.^a ¿Se ha dormido?

JUAN. No. Se encuentra
por la fiebre aletargado.

ANT.^a ¡Ay, sálvelo usted por Dios!

JUAN. Solo Dios puede salvarlo.

ANT.^a ¿No hay esperanza?

JUAN. Muy poca
me queda ya.

ANT.^a ¡Cielo santo!

JUAN. Resígnese, pobre Antonia.

Se sienta D. Juan.

ANT.^a ¿Va usted á quedarse?...

JUAN. Sí: aguardo

que suban á un pobre viejo
tan rudo como simpático.

Se esperan las ambulancias
y queremos dejar francos
para los nuevos heridos
los pabellones del pátio.

El que han de traer formaba
en un batallón navarro
que con audaz valentía
pretendió forzar el paso
del puente de Somorrostro.

Encontréle desmayado
y perdido en la montaña,

con una herida en un brazo
que fué preciso amputarle.

ANT.ª ¡Infeliz!

JUAN. Es un anciano
capitan: un gran carácter;
pero tan apasionado
por la causa del carlismo,
que hace mas de quince años,
abandonó á su familia,
y con teson rechazando
amnistías y convenios
vivió pobre y emigrado;
saliendo de los primeros
á campaña por don Cárlos.

ANT.ª ¡Qué obcecacion!

JUAN. Es muy terco.

Por eso quiero apartarlo
de donde está, pues sin duda
no hará liga el veterano
carlista con los que espero
que lleguen en breve plazo.

Se oye ruido fuera.

ANT.ª Pues ya creo que le traen.

JUAN. Con efecto, suenan pasos...

Se levanta, dirigiéndose á la puerta.

Por aquí; no hagais ruido,
no despertemos á Pablo.

Entran D. Rafael y Sor Luisa conduciendo á don Sebastian. Este trae uno de los brazos dispuesto de modo que se comprenda la amputacion que ha sufrido: viste el uniforme de los oficiales navarros.--Guiados por D. Juan se dirigen á colocarlo en el sillón de la derecha.

ESCENA III.

PABLO, ANTONIA, D. JUAN, D. RAFAEL, SOR LUISA

En este sillón ponedle,
que vendrá muy fatigado.

RAFAEL ¿Que tal llegásteis?

SEBAST. Bien; gracias:
ya me voy reanimando.

LUISA. A Antonia.

¿Y el enfermo cómo sigue?

ANT.^a Dice don Juan que muy malo,
y asegura que no tiene
esperanzas de salvarlo.
¡Dios mío!

LUISA. En Él confiamos;
acudamos á su amparo,
que cuando la ciencia acaba
dan principio los milagros.

JUAN. Aquí, amigo, se disfruta
mas tranquilidad que abajo.

SEBAST. Gracias.

JUAN. Y solo tendreis
un compañero; un muchacho
que me interesa, y que fué
herido en San Pedro Abanto.

SEBAST. Allí estuve.

JUAN. Y como fieras
andariais á balazos,
mientras que aquí el mismo techo

- os cobija como hermanos.
- RAFAEL Doctor, con vuestro permiso voy á seguir preparando...
- JUAN. Como gustéis; yo me quedo con Sebastian.
- LUISA. Y entre tanto
Antonia vendrá conmigo
á orar al templo inmediato.
- JUAN. Bueno: yo mientras que vuelve, cuidaré al enfermo.
- LUISA. ¿Vamos?
- ANT.^a Vamos, hermana.
- RAFAEL Hasta luego.
- JUAN. Adios, Antonia.
- ANT.^a No tardo.

Antes de marcharse Antonia arregla con cuidado las almohadas que sostienen á Pablo.—Así que ésta sale, D. Juan se acerca al jóven y lo examina detenidamente, expresando su semblante el desaliento que la gravedad del herido le produce.—Vuelve despues á sentarse cerca del sillón en que está D. Sebastian.

ESCENA IV.

PABLO, D. JUAN, D. SEBASTIAN.

- JUAN. ¡Pobre jóven! ¡Qué agonía tan prolongada la suya!
- SEBAST. ¿Tan grave se halla?
- JUAN. Tan grave...
que no tiene hora segura.

SEBAST. Estas son las consecuencias naturales de las luchas

en que los hombres se empeñan,

JUAN. Locos empeños que acusan la ceguedad de un partido

que no se convence nunca

de que sus tristes campañas

siempre serán infecundas.

SEBAST. Y sin embargo, estos días

peleamos con fortuna.

JUAN. Pues ni aun así verá el triunfo

de sus doctrinas caducas,

que armonizarse no pueden

con la moderna cultura.

SEBAST. ¡Pobre ilustración, fundada

en la impiedad y en la duda!

JUAN. No calumniéis á este siglo

porque discute y estudia:

que si hoy las inteligencias,

rompiendo sus ligaduras,

á los antiguos errores

nuevas soluciones buscan;

si hoy pretendemos que brille

la luz y la sombra huya,

porque á las conciencias llama

la voz de la razón pura;

si hoy nuestro libre criterio

investiga y no se asusta

de analizar lo escondido

en las tinieblas confusas...

es porque llegan los tiempos

de que los hombres se instruyan,

y presienten los espíritus
nuestra grandeza futura.

SEBAST. ¡Y buskais por tal camino
lo que el porvenir oculta,
sin mirar que lo presente
con su peso nos abruma!
Mientras soñais tantas dichas,
¿cómo viven las criaturas?

JUAN. Las consecuencias sufriendo
de sus pasadas angustias;
mas obedeciendo fieles
la fuerza que las empuja
tras los nuevos ideales
que su redencion anuncian.

SEBAST. Ideales que de los hombres
las inteligencias turban,
preparándonos horrible
camino de desventuras.

JUAN. No temais; que la luz clara
de este siglo nos alumbra,
y á su amparo seguiremos
la mas provechosa ruta.

SEBAST. ¡Siglo que inventa imposibles,
para embaucar á las turbas!

JUAN. ¡Siglo de sábios inventos
y de conquistas fecundas!—
En él, prosperan las artes;
crece el comercio y la industria;
y la máquina y el libro
dan vida á la agricultura.
Cruzando ferradas vias,
y sobre montes de espuma,

se ven pueblos ambulantes
que rauda el vapor impulsa.
La ciencia mira á los cielos
y sus arcanos vislumbra,
y en el centro de la tierra
la historia del mundo busca.
En este siglo, del rayo
es impotente la furia;
y explotándose la chispa
destructora, con su ayuda
desde una zona á otra zona
se entienden las criaturas.

SEBAST. ¿Y es ese todo el progreso
de la sociedad injusta
que sin fé se desarrolla
y en los errores se educa?

JUAN. ¡Con qué menguado criterio
vuestro fanatismo juzga,
y qué apasionadamente
formulaís vuestra censura!
¡Qué tristes preocupaciones
el entendimiento anubla
de todos los que profesan
las doctrinas absolutas!

SEBAST. ¿Pero no es verdad que ahora
el materialismo triunfa,
y que la ciencia propaga
sus conclusiones absurdas?

JUAN. Hoy se levanta la ciencia
á las serenas alturas
do la verdad que persigue
tiene su morada augusta.

En este siglo de crítica,
de transicion y de lucha,
la fé y la razon sostienen
sus creencias ó sus dudas;
pero en medio de estas nobles
y provechosas disputas,
todas las inteligencias
el bien y la moral buscan.

SEBAST. ¡Ilusorias esperanzas
que no es posible se cumplan!

JUAN. Realidades que se imponen;
y ya se han cumplido muchas.—
Hoy, grandes masas de esclavos
han roto sus ligaduras;
y á repugnantes abusos
ya hemos abierto la tumba.
Hoy se reforman las leyes;
se borran penas injustas;
y el patíbulo se hunde
en las naciones mas cultas.
Hoy la fuerza del Derecho
se impone á la fuerza bruta;
y hoy queremos que los hombres
como hermanos se confundan,
y que la paz prometida
en los horizontes luzca.
Hoy toda conciencia honrada
aspira á que se concluyan
esos horribles combates
que á la humanidad insultan;
y hoy queremos que las armas
en herramientas se fundan,

y que el cañon enmudezca,
y que la razon discuta.

Aparece Antonia en la puerta del fondo, y desde allí dice con solemnidad las primeras redondillas de la siguiente escena.

ESCENA V.

PABLO, D. JUAN, D. SEBASTIAN, ANTONIA.

ANT.^a Tras las horas de agonía
vienen las horas serenas.
¡Ya sabe todas mis penas
la santa Virgen Maria!
Fuí de esperanzas en pos
y traigo dulce consuelo;
que al que reza, desde el cielo
lo está contemplando Dios.
Dios que tiende al afligido
su mirada protectora;
Dios que consuela al que llora,
y que levanta al caído.
Dios que nos infunde luz
de la vida en los desiertos,
y con los brazos abiertos
nos llama desde la cruz.

JUAN. Con esas afirmaciones,
Antonia en mi auxilio viene:
ya veis como aun se mantiene
la fé en nuestros corazones.
Ya veis que en santa piedad
su sentimiento se exhala;
ya veis como no es tan mala

esta pobre sociedad.

SEBAST. Si estas no son excepciones,
tal vez al fin se rediman.

JUAN. La fé y la razon animan
las nuevas generaciones.

SEBAST. Pues permóneme doctor,
si obstinado discutí.

JUAN. Y usted permóneme á mí
que hablara con tal calor.

SEBAST. Disputa de amigos fué.

JUAN. Mas, ¿por qué la luz rehuye?

SEBAST. Don Juan, la razon concluye
donde comienza la fé.

Antonia se ha ido acercando silenciosa, y examina
inquieta á Pablo.

ANT.ª Aun duerme. El cielo es testigo
de que su sueño me espanta.

JUAN. Pues la sesion se levanta,
y á descansar, buen amigo.

SEBAST. Si lo haré.

JUAN. (¡Pobre insensato!)

SEBAST. (¡Qué lástima de talento!)

ANT.ª ¡Ay doctor!...

JUAN. Voy al momento.

Echese, y descanse un rato.

El doctor ayuda á levantarse á D. Sebastian y le
coloca en su cama, echándole á los pies una de las
mantas. Despues se dirige hácia Antonia que perma-
nece al lado de Pablo.

SEBAS. (¿Si le habré causado enojos
con mi soberbia altivez?)

- ANT.^a ¡Mire usted qué palidez!
- JUAN. Silencio: ya abre los ojos.
- ANT.^a ¿Cómo sigues?
- PABLO. ¡Ay!
- JUAN. Valor.
- ANT.^a Buen rato has estado en calma.
- PABLO. ¡Pobre Antonia de mi alma!
- Esto se acaba, doctor.
- ANT.^a No vuelvas á decir eso.
- Madre viene, y tal vez ceda...
- PABLO. Dios quiera que llegue y pueda llevarme su último beso.
- JUAN. (¡Desventurado!)
- PABLO. Los dos
- quizás nunca nos veremos.
- JUAN. Reanímese.
- ANT.^a Confíemos
- en la clemencia de Dios.
- PABLO. Y si el peligro no es tanto,
- ¿por qué lloras?
- ANT.^a No es que avanza:
- es que riego mi esperanza
- con el rocío del llanto.
- JUAN. Ea, valor. (¡Qué torturas!)
- Cuídele bien mientras vengo.
- ANT.^a ¿Volverá pronto?
- JUAN. Sí... Tengo
- que hacer... (¡Pobres criaturas!)

Váse.—Antonia da de beber á Pablo una de las medicinas que hay sobre la mesa, mientras D. Sebastián dice las siguientes redondillas, observando á los jóvenes desde el lecho donde está echado.

ESCENA VI.

PABLO, ANTONIA, D. SEBASTIAN,

SEBAST. (Al comprender situación tan desesperada, siento que negro remordimiento me tortura el corazon. ¡Qué cariñosos extremos cuando por su madre gimen! ¿Será verdad que es un crimen la guerra que sostenemos?)

PABLO. No me atormenta la idea de la muerte.

ANT.^a ¡Hermano mio!

PABLO. Lo que me espanta, es el frio aislamiento que os rodea.

ANT.^a Tu madre y yo...

PABLO. ¡Qué afligida el alma...

ANT.^a ¡Me estás matando!

PABLO. ¡Pobres mujeres, luchando con las olas de la vida!

ANT.^a ¡Nada esperanzas te da, y á mí la fé me sostiene!

PABLO. Tú eres un alma que viene; yo soy un alma que va.
Tú eres claro pensamiento que entre ilusiones se mece; yo idea tública que oscurece

la nube del desaliento.
Tú eres arbusto fecundo
por el cielo bendecido;
yo rudo tronco abatido
por las tormentas del mundo.

ANT.^a No desesperes; ten calma.

SEBAST. (¡Ay, quién será este soldado
cuyo acento acongojado
me está destrozando el alma!)

ANT.^a Ten el pensamiento fijo
en Dios, cálmate y medita...

PABLO. ¡Funesta guerra que excita
al padre en contra del hijo!

ANT.^a ¡Triste combate inhumano!

SEBAST. Incorporándose.

(¡Maldita guerra civil
en que un hermano el fusil
descarga contra su hermano!)

PABLO. Sabiendo que ciegamente
mi padre me abandonó,
y que de Santoña huyó
al lado del Pretendiente,
¡cómo temblaba al tirar
sobre la rota trinchera
¡ay! temiendo que pudiera
su corazón traspasar!
Por cada bomba encendida
un grito mi pecho exhala;
y hoy yo bendigo la bala
que pone fin á mi vida,
pues ella acaba el temor
que me inquietaba al creer

que muy bien pudiera ser
de mi padre el matador.

D. Sebastian, que se ha mostrado interesadísimo en esta escena, al oír citar á Pablo el pueblo de Santoña, ha saltado bruscamente del lecho, y luchando con violenta inquietud se ha ido acercando á los jóvenes, tambaleándose y revelando en su semblante mortal agonía. Al decir Pablo la última frase se ha colocado delante de ellos, dando lugar con su actitud eminentemente dramática á la exclamación de Antonia y á la sorpresa de Pablo.

SEBAST. ¡Oid!

ANT.¹ ¡Cielos!

PABLO. ¡Qué actitud!

ANT.² ¿Quién sois?

SEBAST. Yo soy...

ANT.² No comprendo...

SEBAST. Un viejo que está muriendo
de impaciencia y de inquietud.

Un loco, que con ternura
os estaba contemplando;
un padre que está apurando
el cáliz de la amargura.

PABLO. ¿Pero quién sois?

ANT.² ¡Cielo santo!

SEBAST. ¿De qué regimiento fuiste?

PABLO. De Cantábria.

SEBAST. ¿Y estuviste
acaso en San Pedro Abanto?

PABLO. Si

SEBAST. ¡El alma se me desgarr!

PABLO. Y al subir á Mantres luego,

caí herido bajo el fuego
de un batallón de Navarra.

SEBAST. ¡El mío! Yo con despecho
tiré á los que vi á mis pies...
¡y tal vez mi bala es
la que tienes en el pecho!

ANT.ª ¡Gran Dios!

SEBAST. Di, soldado, di...

¡y tus infantiles días
corrieron en las bravías
playas de Santoña?

PABLO. Si.

SEBAST. ¡Dios mío! Y dime, ¿tu madre
se llamaba Soledad?

PABLO. Y yo Pablo.

ANT.ª ¡Qué ansiedad!

SEBAST. ¡Hijo de mi alma!

PABLO. ¡Padre!

D. Sebastian al reconocer á su hijo cae al suelo
abrazando sus rodillas.—Pablo besa con cariño la
cabeza del anciano.

ANT.ª ¡Qué tremenda situación!

PABLO. ¡Mi padre... yo desvarío!...

SEBAST. ¡Perdóneme, Pablo mío!

ANT.ª Lo va á matar la emoción.

SEBAST. ¡Yo lo asesino!

PABLO. ¡Qué afán!...

¡Antonia... padre... yo muero!...

ANT.ª ¡Socorro!

SEBAST. Levantándose. ¡Dios justiciero!

ANT.ª ¡Venid, amigos... don Juan!

ESCENA VII.

PABLO, ANTONIA, D. SEBASTIAN, D. JUAN.

D. RAFAEL, SOR LUISA.

INDIVIDUOS DE LA CRUZ ROJA Y HERMANAS DE CARIDAD.

JUAN. ¡Qué ocurre!

ANT.^a Venid.

RAFAEL Tal vez

la ciencia...

JUAN. Pulsando á Pablo. ¡Desventurado!

ANT.^a ¡Se muere!...

SEBAST. Dios irritado

castiga mi insensatez.

ANT.^a Es su padre.

SEBAST. En las alturas

de Mantres lo herí...

JUAN. ¡Qué horror!

SEBAST. Y aquí lo mata mi amor

con imprudentes locuras.

¡Perdóname!

JUAN. ¡Qué castigo

tan duro!

SEBAST. Mi falta espío.

Vuelve á echarse á los pies de su hijo.

PABLO. Yo os perdono... padre mio...

y os abrazo... y os bendigo!

Haciendo esfuerzo supremo se ha levantado para abrazar á su padre y bendecirle, extendiendo las manos sobre la cabeza del viejo. Al decir la última palabra cae á plomo en el sillón.—D. Sebastian al ver morir á Pablo se alza y retrocede con terror.

SEBAST. ¡Cain qué has hecho de Abel!

JUAN. Poniendo la mano sobre el corazon de Pablo.

No late.

ANT.^a ¡Virgen Maria!

JUAN. Ya concluyó su agonía.

Roguemos á Dios por él.

Todos de rodillas, rodeando á Pablo.—Despues de corta pausa oyese fuera la voz de Soledad.—D. Sebastian retrocede al otro extremo de la escena.—Los demas procuran ocultar con sus cuerpos el cadáver.

ESCENA VIII.

LOS ANTERIORES Y SOLEDAD.

SOLED. Dentro.

¡Pablo!

ANT.^a ¡Su madre!

JUAN. ¡En qué hora!...

Aparece Soledad en la puerta.

SEBAST. ¡Mi esposa!... ¡suerte inhumana!

SOLED. Fijándose en Sebastian y reconociéndolo.

¡Tú aquí!... ¿dónde está mi hijo,
el hijo de mis entrañas?

ANT.^a Procurando interponerse entre Soledad y Pablo.
Madre...

SOLED. Apartándola. Aparta, quiero verlo.
¡¡¡Muerto!!!...

ANT.^a ¡Muerto!

SOLED. ¡Virgen santa!

Se abraza á Pablo, y queda un instante de rodillas,
estrechando el cuerpo de su hijo.

JUAN. ¡Dichosos los que á la diestra
del trono de Dios descansan!

ANT.^a Madre...

JUAN. Dejadla que lllore,
¡benditas sean las lagrimas!
que cuando las madres lloran
los hijos muertos se salvan.

RAFAEL Cayó cual bueno, cumpliendo
obligaciones sagradas;
como están cayendo tantos
de la libertad en aras.

SOLED. Alzando la cabeza con amargura.
¡Ay, qué entendemos nosotras
de libertad ni de patria!

ANT.^a Las pobres madres no saben
mas que amar y ser amadas.

Levántase Soledad.—Se oye el toque de la campana que empieza á doblar en la inmediata iglesia.

SOLED. Yo solo se que el torrente
de las pasiones humanas

llevóse á mi pobre Pablo
 en su sangrienta oleada,
 como la perdida hoja
 que el huracan arrebatá.
 Yo solo se que su muerte
 hoy pregoná esa campana...
 ¡las pobres madres no saben
 mas que amar y ser amadas!

ANT.^a Llorad, llorad, madre mia.

SEBAST. ¡Pobre esposa!

LUISA. ¡Pobre anciana!

JUAN. Llorad, que el llanto mitiga
 las aflixiones del alma
 cuando las desdichas vienen
 y se van las esperanzas.

SOLED. ¡Ya no veré su sonrisa;
 ya no besaré mis canas;
 ya no estrecharé sus manos
 entre mis manos heladas,
 ni en mi postrera agonía
 escucharé sus plegarias!
 ¡Ya no cerrará mis ojos,
 ni derramando sus lágrimas
 pondrá una cruz en mi tumba
 con florecillas tempranas!
 ¡Todo acabó para mí;
 que en estas luchas infaustas
 he perdido para siempre
 el hijo de mis entrañas!

SEBAST. Tu hijo perdonó... ¡perdóname,
 mujer generosa y santa!

SOLED. Desolacion en los campos;

poblaciones arruinadas;
hambre en el hogar; silencio
en el taller y en la fábrica;
jóvenes horriblemente
mutilados en campaña;
padres que lloran sus hijos;
pobres viejas enlutadas;
tiernos huérfanos que piden
una limosna en la plaza...

JUAN. ¡Cuadro funesto que el mundo
contempla con repugnancia!

SOLED. Sin vida Pablo; tú inútil;
la miseria en nuestra casa;
viuda Antonia... y esta madre
con el alma destrozada:
¡esto es la guerra civil!

SEBAST. Guerra sacrílega y bárbara.

SOLED. Tomando de la mano á Sebastian.

Ven, pobre esposo; la muerte
nuestros dolores iguala.

A los piés de nuestro hijo
lloremos nuestra desgracia;
que el dolor te purifica
y ese cadáver te ampara.

Vuelven á arrodillarse ante el cadáver de Pablo.—
Antonia queda de pie apoyada en el respaldo del si-
llon.—Los demás, un poco apartados, contemplan
el cuadro.

ANT. ¡Qué expiacion tan horrible!

LUISA. ¡Pobres viejos!

RAFAEL. ¡Qué enseñanza!

JUAN. ¡Maldita sea la guerra
que está deshonrando á España!

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.		Págs.
Dedicatoria	5	¡Pobre hermosura!	79
Prólogo	7	¡Acuérdate!	81
¡Qué noche tan larga!	11	Redencion del alma	86
Dudas y temores.	15	¡Cosas de la guerra!	87
La nueva era	17	Para tí.	91
Nafragio de un alma.	27	Italia	93
Recuerdos tristes	29	Dios lo sabe	96
Horas benditas	32	El combate del Callao	97
¡No mas esclavos!	33	Ruinas.	102
La superficie y el fondo.	40	Lo que yo quiero	103
Tú y yo	41	En el mismo sitio	107
Camino de espinas.	43	El hijo de los campos	109
Lenguas malditas	45	El claustro y el siglo.	112
La vida	47	¡Adelante, juventud!.	113
La última hora	49	Piensa en mí.	118
Ven á mi lado.	56	Luz y sombra	119
¡Pobres madres!.	57	Desaliento	123
Cuidado, niñas	61	El angel de la libertad.	125
¡Tantummodo pulvis!	64	Los miserables	127
El Once de Diciembre.	65	El mundo marcha	128
A Frexa la jorobada	71	Santo Domingo.	129
Ideales.	73	Besos del alma	133
Flores y niñas	75	Glorias de España	135
¡Adelante!	78	Sueños.	140



Págs.	Págs.
El proscripto.	141
Los segadores.	144
¡Dejadnos en paz!	145
Mis dichas y tus pesares	150
Las golondrinas.	151
Un consejo.	153
El último puerto.	157
¡Vanidades!	159
La niña muerta	160
Los días del patron	161
Los poetas	167
Nubes que pasan	170
¡Hasta cuándo!...	171
Himno al Arte	173
Los quintos	176
¿Locos ó cuerdos?	177
Gemidos	179
Flores y espinas.	182
El redentor de los negros. . . .	183
Ayer y hoy.	185
Desventuras de la patria	187
La inocencia	189
Al pie de la reja.	191
—	—
Coleccion de Cantares	201
—	—
Lágrimas y desencantos, cuadro dramático.	225

OBRAS DE ANTONIO LUIS CARRION.

CANTOS POPULARES	10 reales.
LA REDENCION DE ESPAÑA.	4 »
FERNANDO	8 »
POLÍTICA MENUDA	4 »
A CADENA PERPÉTUA	4 »
RECUERDOS Y ASPIRACIONES.	16 »
ECOS DEL TAJO	6 »
LÁGRIMAS Y DESENCANTOS.	4 »

Se hallan de venta en las principales librerías de Madrid y de provincias, y en la Administración de la «Revista de Andalucía.»

PRÓXIMAS A PUBLICARSE.

LEYENDAS Y TRADICIONES.

RECUERDOS DE AFRICA.

REVISTA DE ANDALUCIA,

Órgano de las Academias científicas, literarias, filosóficas y artísticas,
de las Sociedades Económicas de Amigos del País
y de los Círculos agrícolas, mercantiles é industriales
de las provincias andaluzas.

DIRECTOR-PROPIETARIO, ANTONIO LUIS CARRION.

Esta Revista, fundada en Málaga hace cinco años, se ocupa con preferente atención de todo cuanto importa á la vida intelectual y material de las ricas y laboriosas provincias que representa. Agena por completo á las luchas de partido, tan solo aspira á la honra de reflejar la civilización andaluza en sus páginas, abiertas imparcialmente á todas las doctrinas: la redacción está á cargo de muchos é ilustrados escritores de distintas opiniones políticas, filosóficas y religiosas. Publíquese los días 10 y 25 de cada mes en cuadernos de seis á ocho pliegos, según exigen los trabajos reunidos.

Precios de suscripción.—En Málaga: un mes, 8 reales.—Fuera de Málaga: un trimestre, 28.—Ultramar y extranjero: un año, 120.